



CIENTII

— sociología —
ciencia — literatura

Jacques Duboin: El socialismo. — M. Nettlau: Raíces primitivas de la idea anarquista en el pensamiento libre de la antigüedad de Oriente y Occidente. — Angel Samblancat: El sifón sinfónico y chacalismo. — Federica Montseny: Amor de amar. — El niño bombón y la madre Ira. — F. Ocaña: La voluntad libertaria. — Fabián Moro: Discurso del hombre libre. — Dos conferencias de Muñoz Congost en Casablanca. — Ramón Liarte: Joaquín Costa el hombre creador. — Cosme Paules: Portugal, hoy. — M. Celma: El universo de Alaiz. — Denis: El Banquero. — Han Ryner: Colgando los hábitos (folletón).

157

MARZO · ABRIL 1964

REVISTA MENSUAL
PRECIO: 1,20 F.



Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

JOSEPH ISHILL Y ROSA FREEMAN

El movimiento libertario español, el anarquismo internacional y las corrientes evolutivas en general, le deben mucho a Joseph Ishill, compañero de origen israelita, radicado desde hace muchos años en Estados Unidos y que ha sido uno de los que, con más interés y paciencia, han trabajado en la conservación y divulgación de cuanto ha producido el pensamiento libre en el mundo.

Max Nettlau presentó ya a Ishill a los anarquistas españoles, hace más de treinta años, en un artículo dedicado a su obra y publicado en «La Revista Blanca». Hoy Ishill cuenta ya 76. Pero, como un roble viejo siempre enhiesto, no ha cesado ni cesa de laborar por las ideas y de engrandecer la colección y la editorial creadas y cada año ampliadas con nuevas obras.

Su compañera, la poetisa y traductora Rosa Freeman, le ha ayudado en su ciclopea tarea a lo largo de una existencia común ejemplar y fecunda.

CENIT se honra reproduciendo esta foto, — una de las últimas de la pareja Ishill-Freeman—. En el número próximo, uno de nuestros estimados colaboradores, Wladimiro Muñoz, publicará la traducción del importante estudio de Marian Courtney Brown, dedicado a la obra de Ishill, sus ediciones de la Prensa de la Oropéndola.

Ishill, como editor y como coleccionador ha rendido inestimables servicios al anarquismo mundial, siendo uno de sus más activos e inteligentes divulgadores. Tipógrafo de profesión, ha hecho verdaderas obras de arte en la impresión de los libros publicados por la Prensa de la Oropéndola. Gracias a sus ediciones, Godwin, Havelock Ellis, Rabindranath Tagore, Bertrand Russell, Thoreau, Walt Whitman, Emma Goldman, Stefan Zweig, entre muchísimos más, han encontrado el intérprete ideal, que no se ha limitado a una impresión banal de sus creaciones, si no que les ha insuflado nueva vida.

Deseamos a Joseph y Rosa Ishill muchos años más de existencia proba y útil, enriqueciendo el acervo del pensamiento universal y las ideas con su labor silenciosa y admirable.

Hoy el nombre de Ishill, en Norteamérica es un símbolo y un ejemplo. Debe serlo para todos en todo el mundo.

=====

FE DE ERRATAS.

En la portada del número 156 se cometió un error inexcusable, del que la redacción de la revista da sus excusas. Los mismos quedan rectificados en ésta como sigue:

Allí donde dice: «8 de enero de 1934» debe decir «8 de enero de 1933». Y unas líneas más abajo donde dice «a penas un año antes», queda suprimido.

=====

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

CEENITT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XIV

Toulouse, Mar.-Abril 1964

Nº 157

El Socialismo

El socialismo, en cuanto se le despoja de todo el aparato de que se le disfraza, exige, sin ninguna disputa, la igualdad económica de todos los hombres. Es posible que eso os sorprenda, pero no hay que confundir el socialismo y los socialistas de rótulo. Algunos supuestos teóricos del socialismo llegan hasta aceptar la conservación de la propiedad privada de los medios de producción; podemos, pues, preguntarnos lo que reclamarían si fueran individualistas. Hay que decirles, puesto que lo ignoran, que como el socialismo exige la IGUALDAD de las rentas, no se podría realizar esta igualdad si se mantiene la apropiación individual de los medios de producción, que dan origen inevitablemente a la desigualdad de las rentas.

Un régimen socialista no puede concebir la producción de otro modo que como una función social asumida por la colectividad, de manera que le permita distribuir rentas iguales con las cuales cada uno se procurará su parte social. Así comprendido, el socialismo se opone al capitalismo, régimen en el cual uno se apropia los medios de producción y, como consecuencia, el trabajo de un ser humano. O el socialismo pone fin a la explotación del hombre por el hombre, o el socialismo no es más que una caricatura del capitalismo, y llega a ser una palabra vacía de sentido. Querer limitarla a intentar establecer la igualdad de todos a la salida es, hablando en rigor, hacerlo absolutamente ridículo. ¿La igualdad de todos los hombres a la salida? ¿Cómo llegar a ella sin igualar las inteligencias, las fuerzas, las aptitudes, las voluntades, los gustos, etc.? Pretender hacer desaparecer esas desigualdades naturales que están fuera de nuestro alcance, y mantener cuidadosamente las desigualdades sociales, que todas ellas son de nuestra incumbencia ¿no es desacreditar a la vez el socialismo y sus fundadores?

He explicado en mi libro «Libération» que la mayor parte de doctrinarios, no habiendo podido concebir el socialismo sino en la RAREZA, puesto que la ciencia no había llegado aún a vencerla, habían edificado sus sistemas sobre el cambio, tratando de hacerlo tan equitativo como fuera posi-

ble. No volveré, pues, sobre los trabajos de Saint-Simon, de Owen, de Fourier, de Grachus Babeuf, ni de los que vieron más tarde la luz con Carlos Marx y su escuela. Traigo a la memoria solamente que Saint-Simon (1760-1825) emprendió el proceso de la propiedad privada y quería suprimir la herencia. Su fórmula: A CADA UNO SEGUN SUS OBRAS no es sin embargo más que una variante de: A CADA UNO SEGUN SU TRABAJO. No determina si se trata del resultado del trabajo o del esfuerzo que se ha hecho trabajando. La distinción es importante, porque si cada uno debe tener estrictamente derecho sino al equivalente de lo que vale, en el mercado, el producto de su trabajo, se persiste en pleno régimen cambista, puesto que las cosas, hoy, pasan teóricamente así para todos los que no poseen nada; ¿no es cierto?

Proudhon (1809-1865) ha ido mucho más lejos recogiendo la herencia de la Revolución. Vuelve a tomar la idea de justicia—es decir, de igualdad—para mostrar que es la base de toda sociedad.

Muy juiciosamente recuerda que es imposible separar la justicia de la igualdad como lo proclamaba la vieja definición de la justicia: *Justum aequale est, injustum inaequale*.

Jacques DUBOIN



Raíces primitivas de la idea anarquista en el pensamiento libre de la antigüedad de Oriente y Occidente

SE sabe ya que un ex pastor protestante holandés, uno de los veteranos antimilitaristas libertarios más activos, B. de Ligt, se dedicó afanosamente a la más amplia investigación de carácter histórico sobre la lucha contra la guerra, y en general a estudiar la no resistencia consciente como medio de confrontar el mal invasor en los pueblos a partir del origen de la actividad intelectual tal como lo conocemos. En lo que respecta a la edición francesa de aquellos trabajos se cuenta actualmente con los volúmenes: « La Paix créatrice », « Histoire des Principes et des Tactiques de l'action directe contre la Guerre » (Paris 1924, 536 páginas). Estas obras estudian el origen de aquella oposición y de sus manifestaciones inspiradas en motivos estrictamente religiosos. En otros dos volúmenes tratará el autor de la oposición por motivos religiosos de tendencia humanitaria y universal y por motivos sociales universalmente humanos. Es lástima que no podamos tener a la vista la totalidad de los cuatro volúmenes, ya que me parece difícil distinguir aquellos motivos divididos en categorías, y sobre todo separar lo que es « estrictamente religioso » de los restantes motivos. Cuando se enuncia un aidea generosa obedeciendo a un sentimiento « estrictamente religioso », la idea está impulsada, aun sin darse cuenta quien la emite, por las tendencias humanitarias y sociales contenidas en ella. Sin aquel principio activo se crearía una divinidad cruel, una de esas divinidades que siembran la muerte y se ven exaltadas y glorificadas por las guerras. Hemos de reconocer que la razón humana primitiva produjo ciertos vaivenes y se adjudicó la generosidad a la ficción de la divinidad, formulándose el precepto normativo de ser generoso como si aquel precepto procediera de lo alto, de la divinidad creada por los hombres. Se trata en el libro en cuestión de las ficciones de fundadores de la religión; después, de los que formularon sistemas filosóficos muy imbuídos de la idea de la razón y del amor puros, abstractos, no de sentimientos humanos, sociales, honestos, buenos, adquiridos gracias a ciertas condiciones propicias.

Asistimos al despertar del razonamiento individual independiente, del razonamiento ético social y solidario, flores nuevas que nacen en los viejos solares del despotismo ensangrentados por la guerra, empapados de sangre de víctimas, hombres y animales aplastados por la violencia y por la rutina de los rezagados, de los que no alcanzaron desarrollo dominados por el instinto propio de obediencia. Los que se libertan de estos prejuicios profesan un conjunto de vida libre y nueva en la que oponerse a la guerra era sólo uno de los

factores componentes. Frecuentemente son anarquistas completos que rechazan al mismo tiempo la autoridad terrestre y la autoridad divina, no reconociendo más que el propio razonamiento sobre el bien y el mal así como la línea de la propia conducta. Se trata de la forma primitiva que tiene la **anarquía consciente directa**. Si ésta no se generalizó a causa de la ignorancia y de la tiranía que dominan generalmente, fue inseparable de la mentalidad de todos los hombres independientes en cuanto eran también desinteresados y generosos. Siendo inteligentes a la vez que ambiciosos y concupiscentes, sólo quisieron ocupar por sí mismos el lugar de los tiranos, constituyéndose en refinados autoritarios y ganando gradualmente posiciones de mando.

Para los hombres generosos, la anarquía era inseparable del pensamiento independiente y libre. Sin que ellos se dieran cuenta, nunca dejó aquella de serlo. No se puede ser libre si no se es generoso. Todo cuando pueda llamarse obra bien hecha fue producto de una labor de hombres libres y generosos. Sin ellos, el medio social vuelve a una edad de ignorancia, penuria, primitivismo, bajeza, insignificancia, retroceso y decadencia. La anarquía es un factor tan esencial como el aire que se respira.

La cerrazón de la autoridad y la frecuencia de las guerras dependen en gran parte de las mismas condiciones que permiten a los pueblos vivir en relativa seguridad y también en el estado de descentralización que supone la familia, mientras que la inseguridad mantiene a los pueblos en grandes aglomeraciones de tribus dirigidas por los jefes. La gran diferencia que hay entre el Japón y China es que el primero constituye un pueblo de tribus y la segunda un pueblo de familias. Estas viven en paz e igualdad, se asocian para atender al trabajo común con objeto de mejorar la tierra y se entregan a las artes pacíficas los « grandes grupos de estas familias autónomas y organizadas libremente con el fin de defender intereses especiales... » « El poder del Estado queda reducido a la mínima expresión, mientras el principio de asociación evoluciona hacia el máximo ». « La confianza en la sociabilidad humana fue tan grande que se convirtió en base de la vida política y económica... » « La vida social de centenares de millones de hombres llega a ser tan solidaria y la tradicional organización libre tan profundamente viva en el espíritu de las masas, que la superestructura política del gobierno central puede incluso desaparecer sin que la sociedad se vea minada en sus fundamentos ». Quiere esto decir que las invasiones y las guerras civiles, antes y hoy, pasan como temporales locales. La vida del pueblo que transcurre lejos de la superestructura estatal no padece

ce, pues, salvo localmente, como ocurre cuando hay catástrofes, inundaciones, etc.

En el libro titulado «Primavera y Otoño» se pinta a Kong Tseu, el Confucio del siglo VI antes de la Era cristiana discutiendo las tres fases de la humanidad-caos, guerra y Estados —la paz evolutiva— la paz definitiva y el período de equidad. Refiriéndose a este tercer período, a cuando «la tierra toda es una sola unidad y la personalidad del hombre llega al mayor grado de desarrollo». «El mundo no será más que una sola República humana», etc. «Todo sistema social tenderá a transformar el sentimiento egoísta en altruista...» «No habrá clases, ni propiedad privada, ni herencia; el hombre y la mujer no estarán unidos por lazos externos de matrimonio, de la misma manera que no existirá la diferencia entre padres e hijos, ni entre hermanos mayores y menores o herederos y segundones. La vida social comprenderá toda la tierra; cada individuo será una persona económica y la primera atención será para el consumo y la distribución equitativa de la riqueza común. No habrá estado nacional, y por consiguiente tampoco se requerirá defensa armada ni soldados. No habrá soberanos, porque el hombre se habrá convertido en soberano de sí mismo». Se resumió el conjunto de períodos y sobre todo el último como período de orden perfecto y paz universal. Ateísmo («un estado moral e intelectual en el que no se siente deseo de ningún dios») y Anarquía («por el cual se eleva el hombre más allá de toda coacción social hacia la organización libre realizada de buen grado por los hombres en los que las necesidades de orden individual penetraron hasta en la zona del subconsciente»). No podemos menos de recordar que estos conceptos corresponden exactamente al Federalismo (la humanidad pacífica que vive en grupos federados), al antiteologismo (libertad del espíritu de las ficciones religiosas que lo inmovilizaban) y socialismo de Bakunin en 1867, 2.400 años después de Confucio. No podemos menos de recordar que aquellos conceptos equivalen a Anarquía, Ateísmo y Colectivismo de la Internacional en Italia y España. Coincidencia inevitable puesto que por doquier el espíritu libre llega a romper estas cuatro cadenas: Estado, Religión, Monopolio y Privilegio. Tan sólo los espíritus rezagados contuvieron el impulso apenas empezaron a desarrollarse, reduciendo sus aspiraciones a un Estado idealizado, una Religión que pretende ser mejor (reformas, deísmos, etc.), y un monopolio confiado al Estado (Estado socialista).

En el siglo VI anterior a la Era cristiana eran contemporáneos: Confucio y Lao Tseu (anarquista éste contemplativo) en China; el que se llama Bhuda en la India; profetas bastante desarrollados socialmente como Ezequiel y Jeremías entre los judíos; Esquilo y Pitágoras en Grecia. Desconocemos los lazos de unión que hubiera entre ellos, pero a través de todas las latitudes de la antigüedad a través de Grecia, Roma, China; un intercambio intelectual paralelo al comercio de mercancías, a la influencia mutua en arte, técnica, etc. Poco se sabía algún tiempo atrás acerca de la

expedición de Alejandro de Macedonia a las Indias o del viaje de Marco Polo a la China. Hoy se cuentan por miles los hechos que explican aquellos acontecimientos, que en parte se debieron al cambio de clima en Asia central, lo que describió Kropotkin como la sequía de Eur-Asia.

Siglos más tarde, antes del cristianismo, se dio en el pueblo judío una oposición social muy destacada... «Fue especialmente en el campo donde persistieron los antiguos conceptos antigubernamentales igualitarios y socialistas de Israel (país, territorio) con la mayor indignación de los representantes de la religión oficial... Incluso apareció una literatura religiosa de tendencias netamente revolucionarias, elaborándose con pasión desbordante la pintura del antagonismo entre los pobres buenos y los ricos malos... Los oráculos sibilinos judíos predijeron un tiempo en que la tierra será común a todos, sin murallas ni fronteras, sin pobres ni ricos, tiranos ni esclavos... La parte más social de tendencia netamente anarquista que se definió como mesianismo sin Mesías. En la sociedad verdaderamente humana los hombres sólo son responsables ante la divinidad».

En este concepto reside el límite de afirmación de los anarquistas religiosos. Rechazan éstos la autoridad pública, rechazan prescripciones y leyes, rechazan a los clérigos y los santos como intérpretes e intermediarios, incluyendo en el repudio a Cristo, pero se llaman a sí mismos responsables ante la divinidad, que consideran según su propio raciocinio o bien según lo que enseña el grupo, la secta o el jefe espiritual de ésta. Los chinos se elevaron a la altura de trazarse ellos mismos su línea de conducta mediante la facultad de hacerlo, inherente a la naturaleza humana; pero a lo largo de los siglos, hasta el XVIII, el verdadero pensamiento libre no se mostró más que raramente, en los individuos sobre todo; poco, casi nada en las sectas más activas, que se apoyaban casi siempre en un concepto de la divinidad o de la naturaleza que constituía el deber y la ley para ellas. Lo que haya habido de excepción se hallará en la «Historia del Ateísmo» (en alemán, publicada en 1922) de Fritz Mauthner, amigo de Gustav Landauer. Los hombres de la Enciclopedia francesa acabaron con las nuevas divinidades que reinaban y se cerró la historia de las sectas como factores progresivos. Las sectas se renovaron en el siglo XIX y aún se renuevan en el actual, adquiriendo formas múltiples, siendo cada día más como lugares propicios para los precursores y preparadores de la nueva reacción que nos invadió. Hemos visto cómo la hermana de Nietzsche hacía reverencias ante las potencias triunfantes de la hora reaccionaria; hemos visto cómo Rabindranath Tagore fue a parar, ingenuamente según Tagore, a manos de Mussolini. De la misma manera, el conde de Keyserling, a quien no he seguido en detalle, me pareció siempre que mariposeaba dando vueltas alrededor de los nuevos ídolos.

Keyserling hablaba en España de las masas animales (véase la revista «Tiempos Nuevos») pero los pensadores de la antigüedad nos dejaron

el testimonio emocionante de solidaridad con todos los vivientes, exigiendo respeto para los animales. Además de los chinos y de los indios vemos cómo los budistas, los órficos (griegos que experimentaban influencia de Babilonia e influencia iraníana) reconocieron la koinonia (parentesco de todos los seres). De ahí su simpatía por los animales, habiendo sido domesticados incluso los más salvajes por la música de Orfeo...

Pitágoras de Samos y sus numerosos adherentes cuyos grupos formaban lo que se llamó Internacional en Occidente, reconocían la koinonia o syngenaia entre todos los seres, «el parentesco entre todo lo que vive...» «Consideraban que los pájaros eran sus hermanos y hermanas». Dikaiarchos (de Mesina, siglo IV antes de J.C.) y Apolonio de Tiana (siglo primero de J.C.) fueron muy amigos de los animales y según la leyenda que se refiere a Apolonio, entendía éste el lenguaje de los pájaros. Empédocles de Agrigento, sobre cuya personalidad escribió Romain Rolland en 1918, «Empédocle d'Agrigente et l'Age de la Haine» adoptó este lema: *Me kteinein empsychon*. («No matar a ningún ser vivo, sea el que sea»). Para este autor como para Pitágoras, existe la *agraphos nómos* (ley no escrita), norma de la naturaleza a la que obedecen espontáneamente hombres y animales. «Algunos sofistas (es decir, pensadores independientes y críticos) oponían el orden cósmico y el comercio pacífico de animales de igual especie entre ellos a la indigna pasión de los hombres por la guerra».

Decía el sofista Alcimedes: «La divinidad dejó en libertad a los hombres y la naturaleza no hizo a nadie esclavos», concepto que se anticipó en dos mil años al famoso «Nature n'a fait ni serviteur ni maître», de Diderot... «Dignidad personal, respeto a sí mismo, libertad humana derivándose de la naturaleza para todos los pueblos, la razón universal cuya luz hace que se fundan los dioses de la misma manera que el sol funde la nieve... he aquí el centro de las doctrinas de Antifón, un anarquista cuyas obras se hallaron en fragmentos en papiros egipcios hace unas decenas de años y sobre lo que escribió un pequeño volumen el ruso Osip Lurié.

El iniciador de la doctrina de los maniqueos fue Mani, decapitado en 275 por mandato de la autoridad persa después de ser desollado vivo. Los maniqueos fueron perseguidos y exterminados por doquier como Mani. Tenían unas normas éticas cuyo texto pudo hallarse a principios del siglo presente entre las arenas del Turquestán chino. En tales normas se dice «que no es permitido matar ni ofender a las siguientes categorías de seres vivos: hombres, cuadrúpedos, todo ser que vuela, todo el que nada y el que se arrastra por tierra», y podemos consignar que los *cathares* de la Edad Media «rechazaban la autoridad política y el sermón, condenaban al tribunal y también se alzaban contra los castigos de la época, como contra toda violencia, muerte de hombres o animales y uso de carne y alcohol». De esta especie de creencia eran los albigenses, «que consideraban a los gobiernos como representantes del diablo». El Papa predicó

una cruzada contra ellos en 1209. A la cruzada acudió la flor de la caballería, que tomó por asalto Béziers, pasando a cuchillo a más de sesenta mil habitantes el día 22 de julio. Los cruzados saquearon aquella ciudad y la incendiaron (E.U. li. IV, 158)...

A medida que van corriendo los siglos, son más raros los amigos de los animales. Valentin Weigel (1533-1588) fue un místico alemán que afirmó estos conceptos: «En el mundo perfecto no habrá propiedad privada; no se tendrá dominio sobre los animales ni se les privará de libertad; no se emplearán trampas para apoderarse de los pájaros y de los peces, contra el derecho de *Natura*». Lo mismo que dijo el poeta romano Tibulo, refiriéndose a la edad dorada de que incluso se desconocía entonces la caza y la pesca; que «a nadie se le hubiera ocurrido apoderarse de los animales para domesticarlos; que todos los animales que pueblan el universo gozaban de la más absoluta libertad; que no había esclavos y que los humanos vivían en común como iguales.»

Por lo que respecta a los pájaros, hay que tener en cuenta que en Europa fueron exterminados casi por completo, reducidos a menos del 10 por 100. Hasta el siglo XVIII se cazaba a los pájaros para la mesa en las cercanías de pueblos, ciudades y castillos. Por medio de los hilos se llenaban toneles de pájaros, lo que, unido a otras causas, acabó produciendo una disminución inmensa. Por ello escasean, sobre todo desde el siglo pasado.

Para los peces de agua dulce había grandes estanques inmediatos a los castillos o conventos, y se pescaban para proveer las mesas en época de ayuno. Tales estanques han desaparecido casi por completo. La pesca de agua salada apenas se maneja comercialmente, porque era imposible su transporte hacia el interior, como lo fue posteriormente con la mecanización del tránsito.

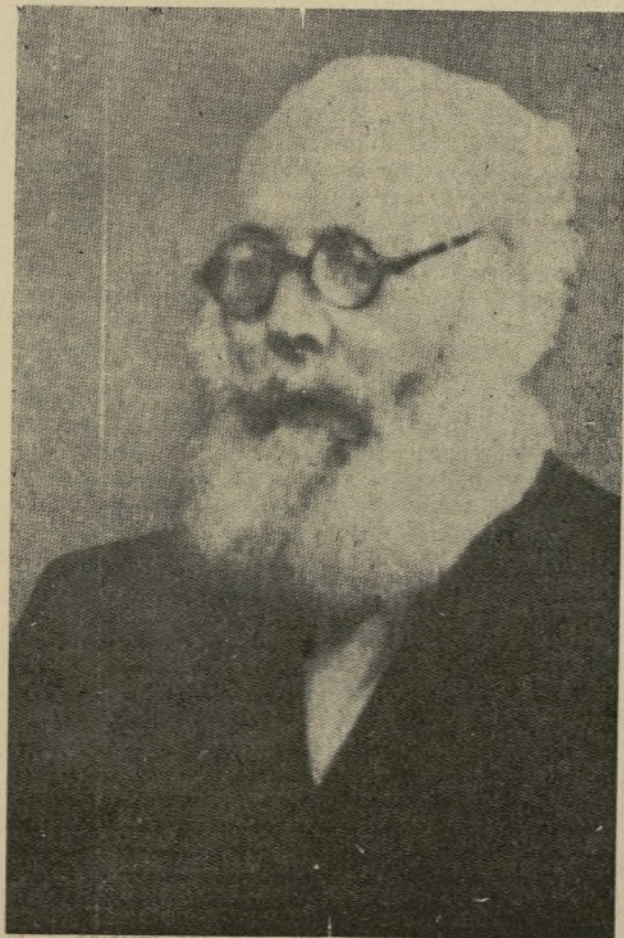
Aún durante el siglo XVII sostuvieron algunas sectas inglesas que «es injusto guerrear y hasta matar a cualquier ser vivo, sea hombre o no, para satisfacer sus intereses». En Holanda vivían hombres de ideas independientes, aunque diversas en unos y otros, usando entre ellos la mayor tolerancia en sus comunidades llamadas colegios (*los Collegianten*). Como contraste con la gula conventual, aquellos hombres independientes, en consideración a sus principios, practicaban con frecuencia la vida vegetariana. De estos medios inconformistas salieron muchas veces las figuras que hicieron oposición política y social y a las que no pudo reducir la persecución. Así, unos de los primeros socialistas del siglo XVII, Pleter Vorneliszoon Plockboy, cuyas ideas influyeron sobre John Bellers, que, a su vez, fue descubierto por Robert Owen y tuvo cierta influencia sobre este último.

Cuanto más se profundiza en la filiación de las ideas sociales desinteresadas, mejor se ve que los precursores pertenecen a lo mejor de su tiempo. Fueron seres capaces de vivir con independencia intelectual, capaces de pensar y hacer con valor moral y físico; capaces también de ver con claridad y obrar con desinterés. Esto hizo sagrada y viva

su idea, y la idea se sostuvo a pesar de las represiones.

Tan bellas ideas se apoyaban en la tradición de la **edad dorada**, difundida universalmente entonces. El **cielo** de las religiones sucesivas se deriva del concepto atribuido a la **edad dorada**. Los clérigos situaron astutamente el **cielo** en lugar de la tradición popular de la **edad dorada** para hacer prevalecer su oficio de intermediarios entre el pueblo y la divinidad.

Se pensó que la **edad dorada** coincidió con una



vida más dulce del mundo antes de sobrevivir el último período glacial. En tal caso, se trataría de una tradición mucho más vieja que la del diluvio, ya que se llega a fijar la época de aquella inundación en Mesopotamia en tiempos no muy lejanos. Sea como sea, la tradición de una **edad dorada** existió y se mantuvo popularmente mientras los hombres se contemplaban a sí mismos menos libres cada día. La insistencia religiosa en propagar la creencia en el **cielo** demuestra lo arraigada que estaba en el espíritu de los pueblos la creencia en la **edad dorada** como felicidad pasada, como paraíso perdido... Y he aquí que nos acercamos lo más posible a la raíz del socialismo popular, el cual fue en sus comienzos **un bello socialismo integral, libertario**.

El mismo Ovidio, poeta refinado de la corte imperial romana, describió la edad de oro con estas palabras:

*Aurea prima nata est ætas, quæ vindice nullo
sponte sua, sine lege fidem rectumque colebat.
Poena metusque aberant nec verba minantia fixo
ære legebantur, nec supplex turba timebat
iudicis ora sui, sed errant sine vindice toti...
Nondum præcípites cingebant oppida fossæ, etc.*

(1)

(1) «Nació la **edad dorada** como la primera edad que practicaba sin coacción y sin ley, por voluntad propia, la buena fe y la rectitud. No existía el castigo ni el miedo, no se leían expresiones amenazadoras sobre los broncees públicos (prohibiciones legales). No había multitud suplicante que esperara con temor las palabras del juez. Todos vivían sin juez... Todavía no estaban rodeadas las ciudades de profundos fosos, etc.»

Los pensadores abandonaron el culto de las divinidades ficticias que reinaban en su tiempo, culto que procedía de tiempo más alejado y era explotado por la casta sacerdotal. Aquellos pensadores no tardaron en comprender la unidad y la universalidad de la Naturaleza, si bien, como se recuerda en un pasaje anterior, dieron a la Naturaleza nombre de divinidad, lo que fue mal comprendido por las mentes rezagadas, y perpetuó la terminología religiosa, sucediendo a aquel estado de relativa novedad la inmovilidad y la fe, con lo que quedó estancado el progresivo deseo de investigar. Así pues, la iniciación fue realista, progresiva y libertaria. Siguió frecuentemente la fantasía mística, la inmovilidad, la autoridad de la tradición.

M. Nettlau

(Continuad)

CONOZCAMOS

EL SIFON SINFONICO

UN evadido de los paraísos de soda de Tío Sam, me pinta un paisaje de las delicias del país, en que a fuerza de bandadas le hacer ver a una momia las estrellas, que trueca la parte superior del pepino con que discurre, en otro cuadro célebre: el de «Las lanzas», de Velázquez, con cada vello como una alabarda. Ahí van algunos de los brochazos con que mi interlocutor ha deshecho las pompas de jabón, que el sidralismo se entretiene en inflar con una pajita, en vez de emplear más útilmente la lejía marca «Conejo» en el decrasaje de la propia faz nazarena.

Las caimanas. — Las federalas de nuevo cuño —¡ajo con doblar la o de esa palabra!— prefieren tirar los hijos al **bidet**, que criarlos mártirmente. Hay doce veces más abortos, provocados por punciones asesinas, que nacimientos regulares. Los que de éstos no se frustran, se debe a que la especulación femenil en materia de destripes y preñeces, cada día es más judaica. Hay mujer, que un año sí y otro también, cambia de marido. No es mucho. Abundan las que lo hacen cada noche. Las pensiones que cobran esas malabaristas, por cada retoño que han de regar en viudedad, no bajan de treinta dólares por semana. Este censo va a cargo del rabasaire, primer vendimiador supuesto de la viña de la señora. La que logra encabestrar a un Midas, se asegura con el divorcio medios para pagarse uno o múltiples caprichos. Al hogar se le están raudamente helando las cenizas en la Unión. No hay vacas lecheras (amas de cría) no aftosas, mandilonas de cocina y burras de con todo cargar (mucamsa). El lavaje, el barrido, el planchado se hacen mecánicamente. Camisa a la que se desprende un botón, se tira. Nadie suda dos veces un par de calcetines. Se chapa en latas de conserva toda suerte de ranchazos y de guisos. Las viviendas se hacen ya sin comedor y sin hogaril. Una pajera para revolcarse y ¡al avio! Se resopa y se sopa sobre la mesilla de noche. La blonda walkiria de cabellos color Tilsen, saluda a su hermano en desgracia, el pálido Apolo de las evacuaciones de urgencia.

La cruda. — En Chicago, en Cléveland, en Pittsburg, van de noche camiones por las calles recogiendo borrachos, caídos en mitad del arroyo como talegos. Los recolectan a racimos. Los dos tercios de los fardos son mujeres. Se amontona ese bacalao en los vehículos como sacos de patatas. Y se le descarga en la cárcel. Allí acoge a los bienvenidos en los brazos amorosos, un departamento con suelo de tela metálica, por debajo de la cual discurre cantando «Marsellesas» un río

democrático. Sobre la escarola del alambre y el rizo del agua, puede la canaria beoda alabar a Dios, vomitando a tutiplén. Y, sobre todo, duerme más fresca que un ministro de nuestra República en el exilio. Cuando se disipa la **jumera**, se sangra los bolsillos con multas, susceptibles de ser abonadas a plazos. No es raro oír a una muchacha, que despertó en el lecho de ortigas con carraspera de haber visto al lobo: «Anoche me remojé con veinticuatro whiskys y treinta y seis cervezas. Me reventaba ya un «Misipipi» por cada ojo. Hay que endiñarle cordón por todas las gárgolas a la perra vida.» Matrimonios jóvenes, de temporada y con tiro de recambio, van a la cantina a rezar sus horas, en campechana campaña. Dejan la cuna del bebé —cuando lo hay— en la puerta del establecimiento y se abren las velaciones, digo, las libaciones. Al poco rato, todas las parejas andan revueltas y trenzadas, dando vivas a Truman. Pero, no hay esposa que conozca a su esposo, ni marido que no tenga los cuernos enredados con los de otro antilope. Un pistolo escribía recién, desde Alaska, á su compadre: «En los alrededores del barrancamento en que me alojo, despachan alegría en gotas setenta y seis tabernas. Precio mínimo de la consumición: el dolor de un dólar. Novias tampoco faltan. Nos envía ese pasto a vagones nuestro providencial Gobierno. Todo lo que vuelcan comisarias y hospitales, con costuras en el rostro, se factura para el Yukón. Las tiñas que infectan la sangre, se secan con estos frios. De **money orders**, bien. Con **bank notes** y la cara placada de escama de cocodrilo, no hay paño de flores y patriótico pendón, que no vuele por la cabeza». Hasta hay maestra —más rejillada que esos trapos— que, cuando se dirige en un Ford a la High School a hacer el loro desde una percha, ha de pararse en la Avenida a vomitar contra un tilo. En las aulas de esas profesoras, la lección suele ser una juerza. La mesa, desde que se derrama conocimiento, descansa sobre una alta tarima y, como una criada sucia, no tiene delante. La pedagoga se sienta con los muslos a la jineta y las faldas poco menos que a la cintura. Alumnos y alumnas, de dieciocho a veinte años, le pueden contar al ratón que asoma entre randas y puntillas los pelos del bigote.

Los tenebrosos. — En los Angeles, se cometen de mil a mil quinientos delitos semanales. Los **atracos** van a la cabeza de ese florero. Las violencias sobre la sierva del macho, no se registran **siquiera**, como no vayan acompañadas de horrible charcutería. Las impúberes, arrastradas por la fuerza al interior de un coche, o previa estupefacción alcohólica, sacadas al campo, violadas y abandonadas a la salvajina con la entraña hecha torta, no se pueden contar. Como esas fechorías **las perpetran** los señoritos o burgueses, sólo de higos a brevas se descubren los autores. Las fiestas de la

A SAMBLANCAT

victoria sobre el Japón, celebrólas la flota en San Francisco, saltando, enloquecidos, los marinos a tierra, saqueando bodegas y bares y desnudando a zarpazos a todas las girls que encontraban por la calle, cargando sobre ellas como si cada una hubiera sido un samurai. Padre o hermano que salía en defensa de la virtud de la chicas, era quitado de en medio a machetazos. En fin, cuando muchas zagalas salen el sábado para el week end con sus amigos y se despiden de la familia hasta el lunes, la madre les da la llave de la casa y un

preservativo y les dice: «Con tal que no amanezcas con un bombo, ya puedes pasarte por debajo del puente de Brooklyn la hirviente nieve de diez ríos de la Plata, los rascacielos con que Manhattan ensarta al autor de todo lo creado y la polvareda que arremolina un ciclón en las costas de Georgia. Hija mis, con terremotos de reversos y cuadriles hemos hecho no pocos patriotas grande a América.»

Angel SAMBLANCAT

CHACALISMO

EN América, la delincuencia chacala — feroz y cobarde — está cundiendo en proporciones aterradoras. Calificar de chacala a la criminalidad atroz, no es expresarse con propiedad, porque ni el chacal ni la hiena tienen tan atra y tetérrima entraña, como los autores de ciertas fechorías, en boga por aquí. Hay mujeres que se deshacen de los hijos como de las tripas de un conejo, acabado de despellejar, que se tiran en un papel por la ventana. Al viejo que no toma la precaución de colgarse de una viga, cuando se inutiliza para el trabajo, la familia lo suicida limpiamente y con quirurgías cada cada vez más sabias. En cierta ocasión, una banda de cuatreros asaltaron un rancho, y como no encontraron las ollas de Egipto que buscaban, asesinaron al rancharo, violaron a la ranchera y se hicieron una barba con el rancherito, cunero aún.

Se atribuye este desmando de los tenebrosos a la impunidad de que goza entre nosotros la violencia desalmada y al chinchín con que el diarismo la jalea. Me aseguran que de nuestra «Peni» se escapa el que quiere. Cumplir una condena en el penal de las islas Marias, sobre todo en María Madre es pasarse una temporada de vacación. Me cuentan que a los presos de la ciudad de..., capital del Estado de..., cada año les ofrecen una convivialidad las autoridades y que los corrigendos que tienen más muertes sobre la conciencia, son los que más cerca del alcalde se sientan en el festín. De noche, los que lo pagan, salen a emborracharse con los amigos y a revolcarse con la amasia o con alguna admiradora de los que los tienen de tres yemas.

En el Mundo que, como un baúl desventrado, don Cristóbal se encontró, cuando tengas un choque con algún piel roja que disimula el serlo, procura no ser el muerto tú, porque a los muertos nunca se les da aquí la razón; y cuida, además, de dejar bien rematada a tu víctima, para que en el Juzgado te concedan la palabra a tí solo. De la

facilidad con que se le remanga un metro más arriba del peroné la camisa a Temis, no vale la pena de que nos ocupemos, porque eso es canónica universal.

Se echa también la culpa de estos sandioses a los mariguanos y al alcoholismo. No es por ahí. La Mari-Juana o María de guano no estupefacciona más que los inciensos de la catedral basilica. En cantinas y carpas ciertamente se despacha de noche cerveza cargada de narcótico. Al segundo vaso el bebedor ya está roncando como un deán sobre la deana. El tabernero o sus dependientes dejan con los bolsillos vueltos al que se desconciencia así; y tiran lo que queda de él al arroyo, cerca de la tasca rival. El primer rueletero que pasa, le quita los zapatos y los calzones al durmiente; y lo abandona, más encuerado que nuestra madre Eva, sobre la ordura de la banquetta, para que el carro de la misericordia cargue con él. A veces, un perro le lame la cara, y otro alza la pata sobre el humano detritus. Como a Lot desnudo, coscolinas quizá hijas de aquella tonelada de cemento, tratan de embravecerle los espíritus, para reirse de su insensibilidad.

El cólera que nos devasta, tiene raíces mucho más hondas de lo que suponen los maletas del curanderismo social. Para nosotros, perversiones morales tan desenfundadas como las que se esbozaron, las engendra la política. Minas y laboratorios de churros no proporcionan ya en América fortunas de soldán al vapor. Sólo el atraco a la pública Hacienda produce por miles los millones. De ahí las serrallongadas y los golpes de mano murcios al poder en el Perú, en la Argentina, en Veneciuñcula o Venezuela, en Nicaragua, en Santo Domingo, en Honduras y en todo el guirigay paraguayo-guacamayo de este Hemisferio, sagrario hoy de las más puras ansias de la madre Tierra Arriba y Abajo, se engarzan en este cesto los robos a mano armada más atrevidos y los asesinatos más barrocos y felones, como las cerezas. Tiras de una y arrastras detrás de ella un racimo. Así ocurre con las carroñas y los fusilamientos en masa y con los coágulos de sangre inocente. ¡Divino Dios, qué cara más cerda le están sacando a tu imagen!

ANGEL SAMBLANCAT

AMOR DE AMAR

A José Castillo.

JAMAS olvidaría él aquella noche. El cielo estrellado sobre sus cabezas; su mujer, atada sobre la mula, suspirando y gimiendo, apretando contra su pecho a la niña recién nacida. El, tirando del ronzal de la bestia y llevando sobre sus hombros a la mayorcita.

—¿Vamos muy lejos todavía, papá?

—Sí, hijita, aún vamos lejos.

Mercedes suspiraba:

—¡Ay, Juan! No sé si yo podré soportar muchas horas más así.

—Valor. Piensa que es la única esperanza que tenemos.

Huían. Huída más patética que la de José y María, escapando a los furores del faraón. Los fascistas habían ya llegado a Almodóvar del Río. Y todo un mar humano se desbordaba por los campos, por los valles y los montes, buscando refugio.

¿Cuántos no escaparon! Vendidos por vecinos, por parientes, por falsos amigos, allá fueron a buscarlos, asesinandolos. Otros, después de poner en salvo sus mujeres y sus retoños, prosiguieron el éxodo, hasta pasar a la zona libre. Es decir, a las zonas todavía no ocupadas por la insurrección franquista.

Con tenacidad, con voluntad encarnizada, Juan seguía guiándose a través de las sombras de la negra noche. Su mujer había dado a luz el día antes. Y así, ensangrentada, vencida por el sufrimiento, sin fuerzas casi, la había tendido boca arriba sobre la mula, con su hijita envuelta en mantas, y se la había llevado. ¿Hacia dónde? Apenas lo sabía. Por lo menos, hasta la casa de los padres de ella, donde podría dejarla, con sus dos retoños.

Al amanecer llegaron a vistas del pueblecillo. Mercedes no podía más. El movimiento de la bestia la desangraba y le arrancaba quejidos cada vez más lastimeros.

—Que ya no puedo más, Juan. Que ya me faltan las fuerzas.

La niñita, siempre cogida al suelo de su padre, se dormía, de bruces sobre la cabeza del hombre.

Cuando los viejos los vieron llegar, prorrumpieron en sollozos y en alaridos.

—¡Hija de mi alma! ¡Cómo nos la traes! ¡Que se va a morir la pobrecita!

Pero Mercedes pertenecía a una raza fuerte. Tendida en el lecho limpio, después de beber un buen vaso de leche caliente, sintió que el sueño reparador la envolvía. Juan se inclinó sobre ella:

—Antes de que te duermas, Mercedes, tenemos que despedirnos. Yo me voy. Aquí pienso que estaréis seguras, tú y las nenas.

Ella le echó los brazos al cuello, llorando. Era una hermosa criatura, joven y fresca, a pesar de sus dos maternidades y de las pruebas de aquel viaje accidentado. El la contempló un instante, con indecible ternura.

—Quizá no volveremos a vernos más, pequeña. Piensa que eres joven, que tienes derecho a vivir, que las niñas han de crecer y hacerse mozas...

—¿A dónde vas a ir?

—¿Lo sé yo acaso? Intentaré salvarme; pasar al otro lado. Si me cogen, mala suerte.

Aún conservaba en los labios el gusto salado de aquel último beso, bañado en lágrimas. Aún la veía tendida en el lecho, con su hermoso pelo deshecho sobre la almohada, los grandes ojos anegados, el pecho, que la leche comenzaba a henchir, agitado por los sollozos.

..

¿Cuántos episodios vividos! Se salvó. Consiguió pasar a la zona libre. Allí engrosó las fuerzas que lucaban contra el franquismo. Durante cuatro años, nada absolutamente pudo saber de Mercedes y de sus hijas.

Hasta que estuvo en Francia y pudo escribir a España, no le fue posible dar señales de vida y recibirlas.

La primera carta que le llegó de Mercedes, ¡qué duro golpe fue para él y cómo puso a prueba su moral y su conciencia de idealista!

Lealmente, ella le decía la verdad. Se habían encontrado en situaciones terribles. Su padre y ella misma fueron detenidos. La madre murió, no pudiendo soportar tantas pruebas. Y ella, sola con las niñas, se había decidido a unirse a otro, creyéndole a él muerto. Era un muchacho del pueblo, al que conocía de chico, bueno y honrado, que la quería mucho y trataba a las niñas como hijas propias. Un hijito había venido a consagrar aquella unión. Ella no quería engañarle, le decía toda la verdad, pidiéndole que la disculpase y asegurándole que, si algún día volvía, él siempre sería el primero.

Pasado el golpe y el momento de estupor doloroso, Juan tuvo bastante fuerza de voluntad para razonar, para comprender y para justificar.

Supo contestarle en tono sereno y elevado, con palabras sencillas, las que ella, muchacha primitiva e inculta, pudiese asimilar.

«Nada te reprocho. Estabas en tu derecho. Prefiero esa lealtad, a que hubieses procurado engañarme. Te dije ya que eras joven y que no me sacrificases tu vida. Sólo deseo que seáis felices, que las niñas estén bien y que les hables de mí de vez en cuando.»

Una singular situación establecióse. Juan, de manera regular, escribía Mercedes y a las niñas.

Ella le contestaba, dándole detalles de todo. En la carta firmaban las nenas y a veces Manuel, el segundo marido, ponía unas líneas. Los primeros barrotes que supo trazar el pequeño Juanillo, los hizo sobre la carta enviada por la familia a papá.

Este al principio sufría. No en vano se lleva en la sangre la influencia de muchos siglos de moral religiosa y burguesa. Poco a poco, consiguió no sufrir.

Manuel cayó gravemente enfermo. Al saberlo, Juan pidió dinero prestado para poder enviar a Mercedes una fuerte suma, con que hacer frente a los gastos de su enfermedad. Al sanar, fue él el que escribió a Juan:

«No sé cómo agradecerte lo que has hecho. Pienso que, si la situación se arregla y puedes volver, a pesar de lo que quiero a Mercedes y del lazo que me une a ellas, siempre respetaré el derecho que tienes a este hogar que era tuyo y en el que yo he entrado, creyendo que habías muerto y que ningún mal hacíamos.»

Por un fenómeno curioso, cuanto más iba entrando Juan en la intimidad de esa familia constituida a expensas suyas, más se iba depurando su sentimiento. Los celos epidérmicos que enloquecen a tantos hombres cuando piensan que la mujer que poseyeran puede ser poseída por otro y que al principio abrasaban su alma, insensiblemente fueron desapareciendo. Una gran paz se hizo en él y sólo un problema le preocupaba: ¿Tendría o no derecho él a ocupar de nuevo el lugar que hoy ocupaba Manuel?

Por su parte, no se había casado nuevamente. Aventuras fáciles, que no dejaban huella en su

alma, no le faltaron. Pero en el fondo, guardaba íntima fidelidad a Mercedes, la primera y la única mujer que hizo palpar su corazón.

Mercedes le decía a veces: «Si encuentras a otra mujer que sea buena y cariñosa contigo, piensa que yo, aunque no dejo de quererte, no tengo ya ningún derecho sobre ti y que sería feliz si supiese que otra puede darte lo que yo no he podido.»

Todos eran humildes campesinos, sin gran cultura, sin muchos conocimientos. Pero esa correspondencia inocente y fresca, tenía tonos de sublimidad inconsciente que desbordaban todas las sutilezas intelectuales.

..

Curioso, el lector se preguntará: ¿Y cómo termina el cuento?

Pero es el caso que ese cuento, sacado de una realidad vivida por un hombre, aún no tiene fin, o yo no lo conozco. No tiene más que una lección moral a extraer: Hay amores de alma y amores de piel. Hay amores que elevan y amores que rebajan. Hay amores vulgares y amores superiores.

Y hay, sobre todo, un amor de ley, como el oro. El amor de amar, capaz de abnegación, de pureza, de amistad, de fraternidad, despojado de instintos brutales y para el cual sólo están reservadas raras criaturas humanas.

El drama de Juan y de Mercedes lo han vivido miles de hombres y mujeres en el curso de las guerras y de las revoluciones. Pero no todos han sabido hacer de él una página moral y bella.

FEDERICA MONTSENY



Joaquín Costa

EL HOMBRE CREADOR

DE todas las incógnitas arqueadas en el destino del hombre, ninguna es más bella ni más fecunda que el origen de la creación. Cuando nace un niño o crece un árbol, se tiene la sensación de que una fuerza creadora vigila el desarrollo y crecimiento de lo que la naturaleza ha engendrado en sus entrañas misteriosas. De ahí que se diga con harta insistencia: «el hombre creador y el árbol frondoso no deberían perecer nunca».

Joaquín Costa fue un creador. Nació para crear obras de provecho. Esas obras que quedan como si hubiesen sido hechas para durar eternamente. No; no fue el apóstol del Derecho, un soñador. Lo demuestran el temperamento, la resonancia, la proyección de sus ideas concretas, redondas como ruedas de molino. El autor de esa obra maciza, enjundiosa, robusta, maravillosa que es el **Colectivismo Agrario**, difícil de estudiar y no menos difícil de digerir por sus muchas enseñanzas, sabía lo que representaba ganarse el pan con el sudor de su frente. Pocos hombres se han llevado a la tumba mayor respeto y semejante admiración como supo cosechar con la mano en la mancera de la vida nacional, el llamado **león de Graus**. En verdad que del león tenía la audacia, la inteligencia y la vivacidad; mas careció de uñas para poder arañar; que no era éste el pensamiento de Costa. Han sido Ángel Ganivet, Miguel de Unamuno, Ortega y Gasset y todos hombres egregios de nuestro país,



JOAQUÍN COSTA



MIGUEL DE UNAMUNO

quienes han escrito que el gran incomprendido, es la conciencia, la voluntad y la médula de España.

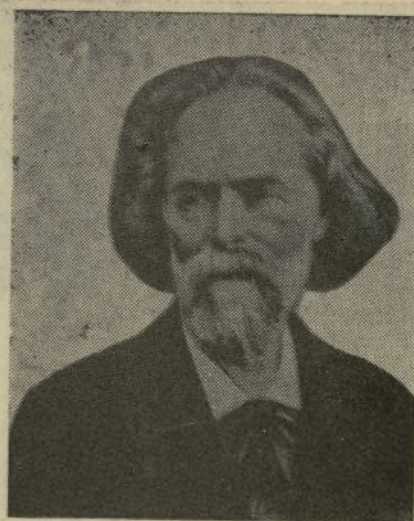
Es rigurosamente cierto que no todo fueron aciertos en la vida sufrida del portento de Monzón. Esto pone de relieve que Costa no fue un mito griego, sino un hombre de carne y hueso. Un titán de una pieza. Mas lo que no puede negarse es que, hasta en sus mismos errores, llenos de renaciente humanidad, puso el sello de su reciedumbre moral, su austera ejecutoria de hombre de bien. En su honda y trágica desesperación llegó a decir que el mal de España consistía en no tener un hombre capaz de dirigir la nave nacional: «el cirujano de hierro» o el «escultor de pueblos». Y desde su más íntimo recogimiento acusaba a la nación entera, diciendo: «**POPULUM NOM HABEO**». Con razón se ha dicho que también los sabios se equivocan, hasta los más cuerdos. Y es que no hay vida sin error ni desliz que no pueda ser enmendado. Los mequetrefes de la España feudal, tratan de presentar en una antología ramplona la personalidad del alarife del colectivismo agrario como inspirador y guía del caudillo tonsurado. No era éste el cirujano que Costa deseaba en sus horas de abatimiento y postración. Una hiena nunca podrá transformarse en cirujano. ¿Pensaba Costa en un Martí, en un Bolívar, en un Mirabeau, o en un «escultor de pueblos» que la leyenda no cita y los hombres no han conocido?

Si la memoria no fuese infiel sería importante citar la magnífica conferencia que un día pronunciara en Huesca aquel hombre bueno como Gandhi, exquisito como Tolstoy y sentencioso como Tagore que fue nuestro maestro Ramón Acín, refiriéndose a Costa, cuando entre otras cosas dignas de viviente recuerdo, dando una lección a los cedistas oscenses, dijo: «No deshonreis al maestro»... Y el amigo leal de Acín, nuestro recordado Felipe Alaiz, con mano maestra y estilo claro y singular supo decir al respecto: «Calificar a Costa por sus apelaciones a la política hechas en plena ruina ideológica es desconocer a aquel hombre».

LEGALIDAD = DECENCIA

Al gran polígrafo le comprendieron muy pocos. Su voz de profeta del ideario español clamó en el desierto mientras se iba consumando la agonía y la desolación de España. Donde había un socarral, Costa quería ver un oasis; donde mordía el hambre, enemiga de los pobres, deseaba instalar una despensa. Siempre vivió pensando que la emancipación y la salvación común estaban en la escuela de todos y para todos, en el trabajo responsablemente organizado y en el municipio libre, es decir, no intervenido por ningún poder extraño. Supo estudiar como muy pocos, la historia del derecho, de la iniciativa de los grupos productores, de las florestas fecundas y de los libros que fueron, sin duda, sus mejores amigos. Y sabiendo tanto como sabía, nunca quiso aprender a hacer trampas legalizadas por las póllizas estatales. Para él, como para los antiguos griegos, decir legalidad, quería decir decencia. Jamás fue escuchado cuando proclamaba la necesidad apremiante de sanear los órganos administrativos de la vida del país. El servilismo político, palaciego, cortesano y obtuso, reinante en aquellos tiempos, ha venido constituyendo un obstáculo para cuantos pretendieron «desentumecer los miembros paráliticos de la nación, agarrados por un régimen de feudalismo inorgánico». Contra la decadencia cesarista y clerical, contra el cacique de turno y el político desencajado de la realidad nacional, supo levantar voz y bandera el gladiador de la verdad atropellada por el Estado unitario.

Se ha dicho en torno a Goethe, que era, más que alemán, un ciudadano de Europa. De Costa cabe decir que siendo español hasta su **médula enferma**, consiguió ser un ciudadano del mundo de la cultura, del trabajo y del saber universal. Fue el **sabio justo y rebelde**, el geógrafo Eliseo Reclus, quien escribió con su peculiar acierto: «El genio robusto de España se revela históricamente por la duración de sus obras en todos los países donde dominó más o menos tiempo». Y en un maravilloso análisis de hechos y conductas, el autor de «El Hombre y la Tierra», concluye su oración diciendo:



ELISEO RECLUS

«Sea ello lo que quiera, tiene todavía en reserva una parte considerable de la obra común, gracias a su gran originalidad, a su carácter sólido, a su nobleza y a su rectitud». Claras ideas; claras como manantial que canta al pie de la roca, y que como tantas otras tuvieron la virtud de dar luz y camino que no se acaba al ilustre pensador aragonés.

Costa es hoy como ayer la encarnación del arquetipo, la estructura personal de la idea española. ¿Tenemos derecho a querer lo imposible, lo que no se alcanza nunca? Eso es soñar estando despiertos; sueño que no engendra daño; mas poseemos también la obligación de pensar lo que debemos hacer, lo que no debemos dejar para «mañana»; en los asuntos de cada día que piden a gritos una revolución constructiva sin hachas ni pistolas, con ecuaciones y sacrificios. Así postulaba Costa una higiene total de las ideas, una lógica en las ambiciones, una razón razonada para vivir cuerdamente en una tierra de cuerdos y de hombres emprendedores. Su idealismo vivía en la alta imaginación del hombre creador; y como idealista práctico supo ver la realidad, encarándose con ella, y presentar soluciones hidráulicas, vertebradas, para rehacer la sociedad conforme a un programa de trabajo basado sobre hechos y necesidades que no engañan ni ofuscan el entendimiento.

Cuantos quieran hacer una España nueva tendrán que echar mano a los planes de Costa, de Julio Senador y de sus seguidores. Porque esos planes de transformación nos pertenecen a todos. Y si son de todos, ¿cómo no han de ser de la C. N. T. que ha sido la mejor intérprete y creadora de las ideas colectivistas?

Costa parece haber heredado la sicología cervantina, sentimiento vital para descubrir el camino ascendente del hombre, de la sociedad



MIGUEL DE CERVANTES

organizada por los hombres. Infinidad de veces se ha formulado esta pregunta: «¿Es España un pueblo que no encontró a su hombre, o fue Costa el hombre que no encontró a su pueblo?». Nuestro maestro no era hombre de partido. Veía más alto y más lejos. Trabajaba fuera de toda confesión. Propendió en todo momento a llevar a cabo una revolución en el campo y en la escuela, en la vida municipal y en los fueros ciudadanos. Sabía perfectamente que un pueblo que vive sin hambre, vive para pensar y para hacer del pensamiento una obra. No es el pueblo español responsable de su tragedia, como no lo fue Costa de la suya. Costa y el pueblo tenían necesidad de una ocasión, de una hora propicia para probar que, lo que se lleva dentro, es posible realizarlo. Y cuando llegó ese momento triunfaron las ideas del pensador, ya que los campesinos de Aragón se organizaron de manera colectiva para vivir colectivamente, comiendo el pan del trabajo que es lo que más honra al hombre.

A nuestro pueblo se le ha tapiado en su forzado aislamiento. No ha podido salir de casa sin encontrarse delante, con una espada o una cruz. Y ahora resulta que España tiene necesidad de atravesar los pirineos, no para ganar batallas que el tiempo llevó al olvido, sino para europeizarse y rejuvenecerse como Costa nos decía. Tarde y con daño, se nos repite que los brazos españoles, exportados como mercancía barata, tienen derecho a cooperar en la vida de Europa. «Tierra blanca, simiente negra, cin-

co bueyes a una reja, siendo tierra blanca el papel, simiente negra, la tinta, cinco bueyes los cinco dedos de la mano, y la reja, la pluma, esa pluma con que el sabio va trazando surcos en el espíritu y enterrando en ellos simiente de doctrina». Por hablar de tal manera Costa era la encarnación viva, palpitante de la angustia española. Diríase que nació para pensar, para sufrir. Su infancia no fue brillante, ni mucho menos. Sin poseer medios económicos, teniendo que empuñar el corvo arado, consiguió escalar la cumbre de la sabiduría. Pasó hambre tras hambre. En el amor careció de fortuna. El hombre que ambicionaba superar la desgracia ajena, soportó con estoicismo, orgullo digno y entereza titánica las mayores calamidades. El amado paralítico, veía la parálisis de España, privado de fuerzas para levantarse. Olvidando su propio dolor se preguntaba lleno de tristeza: «¿A dónde vas pueblo querido?». ¡Cuántas veces, por ti, pueblo ofendido se hundió en su pena el maestro del derecho consuetudinario, clavado en su butaca, pensando en la manera de encontrar una reparación para los males que te aquejan! No seas, pueblo amado, como lo fue Israel, ingrato para con sus mejores hijos. Y uno de los que más han hecho por ti, pueblo español, no lo olvides, será llamado siempre, Joaquín Costa...

España —decía el pensador— es una colectividad de cuerdos gobernada por una minoría de enfermos. Los que han llevado al país a la ruina y al caos, no pueden ser personas normales. En la lucha contra el despotismo de la mediocridad, Costa adoptó una posición recta y determinante: «Una revolución exterior —dijo— como medio para realizar una revolución interna, cohibida por algún estorbo, sin duda ninguna puede ser conveniente; lo ha sido muchas veces en la historia; acaso lo sería en España, tan necesitada de horizontes nuevos, de renovación, de rejuvenecimiento, como que de ello depende hasta su subsistencia como categoría nacional en el concierto del mundo; pero esa segunda primavera, esa renovación interior, no consiste ni estriba en ninguna reforma de detalle, suelta de todo enlace, tal como la de una descentralización en el régimen de los tributos; consiste en dar una nueva orientación a toda la vida nacional, en provocar una transformación honda en todo su ambiente, así físico como moral, renovando la escuela, la justicia, el régimen parlamentario, el sentido de la administración pública, los organismos centrales, provinciales y locales y su relación mutua, en que entra como uno de tantos factores el sistema de distribuir y recaudar los tributos de la nación; favoreciendo y aguijoneando la producción, por la conquista y el encauzamiento de los agentes naturales de la riqueza y la protección del productor y del emigrante contra toda clase de obstáculos físicos y sociales, reprimiendo y extirpando al cacique, en campañas más duras y activas

emprendidas contra un enemigo menor que él, tal como la peste bubónica o la filoxera; concentrando los mejores y mayores esfuerzos en la tutela de las clases desvalidas; cogiendo a España por el brazo para sacarla del aduar y hacerla vivir vida europea.

Estudiando las obras del polígrafo excepcional se llega a la conclusión siguiente: tiene el poder analítico de Servet, el genio de Goya, la elocuencia de Gracián y la sabiduría de Cajal.



FRANCISCO GOYA

Nos ha dejado sus profundos estudios científicos, sus tratados sobre la naturaleza. Y sobre todo, Costa nos ha ofrecido una conducta sin tacha, un ejemplo rebosante de pura nobleza. Vida plena la suya, más duradera que los mármoles; eterna como el corazón de su país, al que llamaba para señalarle la ruta de su salvación y de su ventura.

No creía Costa en los milagros. Tenía confianza en la fuerza creadora de los hombres que están dispuestos a realizar una empresa histórica. «España está mal, muy mal, tiene los minutos contados». Nadie le hizo caso. Pero sigamos la veta fecunda del pensador:

«Hay que fundar improvisadamente en la Península una España nueva, es decir, una España rica y que coma, una España culta y que piense, una España libre y que administre, una España, en fin, contemporánea de la humanidad que al traspasar las fronteras no se sienta forastera como si hubiese penetrado en otro planeta».

El rezago nacional lo atribuía a dos hechos fundamentales: el material y el intelectual; miseria e incultura. Nuestra áncora de salvación, si todavía queda alguna para España — expresaba en sus años más penosos — está fundamentalmente en reorganizar y crear la Escuela, entendiendo por esto implantar a todo gasto, cueste lo que cueste, en todas sus importantes proporciones y con positiva eficacia, que no meramente en las páginas de la COLECCION LEGISLATIVA, el vasto sistema de instituciones docentes que han hecho a Alemania y el Japón, que son la fuerza y el orgullo de los EE. UU., que han restaurado a Francia.

El pensamiento de Costa es subyugante. Fue uno de los ingenios más penetrantes y preparados de España. ¿Fue un hombre de su época? Si; era el hombre de su tiempo, que como dijo Goethe, es ser de los tiempos. Su personalidad ingente, al correr los días y los años, se mantiene vigorosa como luminaria resplandeciente situada en las más altas cumbres del próximo e inmediato obrar español. Creador, hombre de pensamiento alto, henchido de emoción española, Costa era, ante todo, un trabajador incansable. Su cultura era vastísima, hecha al calor de la experiencia popular, de los sucesos vividos, de la vida y de la historia. Su estilo directo, más que ramo de flores fragantes, era gavilla de buen trigo; no es río tranquilo, sino torrente que desborda, catarata besada por el sol y azotada por el viento.

Cuanto más se estudia el pensamiento y la vida de Joaquín Costa; cuanto más penetra el humilde conocimiento en los valores esenciales del pueblo, con mayor claridad se pone al descubierto la poca inteligencia que han puesto los prohombres políticos de nuestro país para gobernar y administrar los intereses y las riquezas de la comunidad nacional.

Costa murió como vivió; pobre, «como los hijos de la mar». Y del Pirineo. Su obra, su capacidad de creación, contiene una de las riquezas mayores de nuestro patrimonio intelectual. La mejor manera de ensalzar al maestro, consiste en que cada uno de los españoles, una vez pasada la tormenta desencadenada por la violencia estatal, «plantemos en nuestra tierra, el árbol de la resurrección futura, aunque no seamos nosotros, sino nuestros hijos, los que se cobijen bajo su sombra».

El árbol y el libro son los compañeros eternos del hombre.

Ramón LIARTE

El niño bombón y la madre Ira

AL amparo de unos mangos y de unos aguacates vivía la Madre Ira. En una choza, cubierta por una gruesa cobija de yerba que las lluvias y los soles habían ennegrecido. Rodeaba la cabaña una alta empalizada, cuya puerta no se abría nunca. Y la Madre Ira, más que por la cerca de troncos, se sentía murada por el recelo de las gentes. Vivía, pues, aislada de todo contacto y comercio con el mundo.



Era fama de que la Madre Ira se comía a los niños que, osados o inconscientes, invadían intrusos su cercado. El rumor aseguraba que les chupaba la sangre, de que se alimentaba su vida centenaria, y entregaba, después, los cuerpecitos exangües a los monstruos calipotes que a los ojos de las gentes habían tomado la forma de mangos y aguacates. Y eran muchos los que afirmaban haber visto a los monstruos con las alas extendidas, volar hacia las tierras haitianas. Y en las garras de gigantes guarabaus llevaban siempre el cuerpo exánime de un niño.

Por eso los niños huían de aquel lugar maldito y los grandes, hombres y mujeres, pasaban sin detenerse, haciendo un rodeo y mirando recelosos a la choza. Y hasta los pájaros: los pericos, tan escandalosos, que vuelan siempre en bandadas alegres, pasaban de largo. Había allí siempre un silencio que la leyenda hacía más misterioso.



La Madre Dulzura, que en la cerca de un platanar vivía, se apiadó de la soledad de la Madre Ira. Y un día mandó a su hijito Bombón, que era un niño puro como todas las auroras y dulce como un maicito nuevo guayado en leche con raspadura:

— Vaya, mi niño, a don Mamá Ira y llévele este dulcito de coco y de maní.

El niño Bombón tomó el dulcito envuelto en hoja fresca de plátano y se fue camino de la choza de la Madre Ira. Y por el camino iba gritando:

— Mamá Ira, le traigo dulcitos de Mamá Dulzura.

Y el niño Bombón andaba, andaba y seguía gritando:

— Mamá Ira, le traigo dulcitos de Mamá Dulzura.

Y a su vocecita de cristal, que era un gorjeo más en la selva, acudieron todas las mariposas y todos los pájaros de aquellos alrededores. Detrás un grupo de hombres y mujeres, atraídos por lo insólito del pregón, seguía a distancia. Y un pensamiento homicida, que les pintaba de hosquedades el rostro, les iba armando de piedras y de palos las manos.

...Y cuando el niño Bombón llegó a la cerca de la Madre Ira inundóse de un tumulto de primavera la fronda que cobijaba la cabaña. Volvió a oírse la voz musical del niño promisoro:

— Mamá Ira, le traigo dulcitos de Mamá Dulzura.

Y cuando todos los ojos, acechantes en fosquedades de entrecejos, esparaban ver aparecer por encima de la puerta la cabeza hirsuta de la bruja con sus dos pupilas como candelas, asomóse la carita graciosa, toda sonrisa, de una viejecita dulce como una caricia maternal...

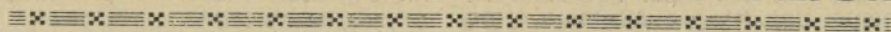


El milagro estaba hecho. Los pericos alborotaban jubilosos en los aguacates y los picaflores y las mariposas rivalizaban en graciosos aleteos en la fronda de los mangos. Dentro, en la cerca, la Madre Ira y el niño Bombón, repartíanse el dulce y hablaban y reían. Y sus voces y sus risas como un cascabeleo de músico ingenuas.

Y los hombres y las mujeres, que aún estaban acechando, al ver el grupo idílico de la anciana y el niño, fueron aflojando las manos y dejaron caer al suelo las piedras y los palos. Después, se retiraron mudos, recelosos de hablarse y de mirarse. Todos iban un poco avergonzados.



POR UNA CONDUCTA HUMANA MEJOR



La voluntad libertaria

(CONTINUACION)

Complementando lo transcrito al final del último de los artículos publicados en el mismo año de 1961 sobre la Vida Universal, decimos : « Concretamente : en la inmensidad del océano cósmico, sin orillas, se mueven materiales sin antes, durante, ni después, con todas las potencias de transformación, cambiando de forma y de lugar, incesantemente, de acuerdo con la ley del indeterminismo, del principio de inseguridad, que es decir de la manera más natural, ocurriendo todo sin razón ni necesidad — quedando así el determinismo sin sus bases fundamentales — y sin que queden vacíos o espacios porque todo está siempre ocupado pudiendo así actuar las fuerzas de la dinámica biológica universal. »

Precisamente en 1963 sabios físicos, químicos, matemáticos y astrónomos de todo el mundo están comprobando y confirmando lo que acabamos de transcribir, que nos publicaron hace más de dos años. Llegan a las mismas conclusiones al hablar sobre la fuerza gravitacional y los movimientos de la materia cósmica en general.

Con respecto al elemento 104 hallado hace más de sesenta años después de haber Max Planck formulado su célebre teoría ¿no cree nuestro contradictor que merece, más que los **quanta**, ser colocado, por ahora, como el último elemento de las especies conocidas, según afirman científicos en el presente? Por otra parte, Planck no dijo — y era el llamado a decirlo por ser el hombre de ciencia que formuló la teoría, y no cualquier otro sujeto sin pizca de autoridad científica en el campo de la Física — que de los **quanta** depende la existencia del universo, que es lo que dice el contradictor al afirmar que sin aquéllos « no habría materia, ni luz, etc. » Se dicen cosas atrevidas, pero no tanto.

Mientras el **quanto**, al ser socializado, sin más complicaciones, pudo ser observado, medido y fotografiado, el nuevo elemento 104 fue difícilmente obtenido mediante el bombardeo de tres millonésimos de gramo de California (elemento 93), con núcleos de boro 10 y 11, en acelerador iónico.

Los científicos de la Universidad de Berkeley, California, que descubrieron el elemento 104 le pusieron el nombre de « Laurencio » en honor de Ernest Lawrence Premio Nobel de Física, inventor del ciclotrón y fundador del laboratorio de Berkeley. Y hoy eminentes científicos afirman que el elemento 104 y siguientes formaron el universo descartando, como es lógico, aunque sin proponérselo, que se deba a un único elemento : causado por el **quanto**. Comprobamos cómo yerran, terri-

blemente, algunos deterministas buscando, a como dé lugar, que todo, hasta el mismo Cosmos se deba a una causa. Y es que, consciente o inconscientemente, se dan cuenta de que careciendo de la base fundamental que pretenden darle toda la estructura doctrinal del determinismo-mecanicista se viene abajo, aunque no con el estrépito que se derrumba el determinismo religioso sin poder aprovechar ninguno de sus elementos doctrinales dogmáticos.

Aunque se resistan los deterministas-positivistas mas reacios a la sustitución de lo viejo por lo nuevo, en el mismo campo de la ciencia, se ha iniciado el derrumbe de parte de su concepción, en silencio, sin trastornos ideológicos fundamentales. Es preciso abandonar lo considerado erróneo del determinismo a sabiendas de que con el indeterminismo se ensancha, ilimitadamente, el campo de la libertad, y se salvan nuestros esenciales principios científicos, éticos y filosóficos. Más todavía : se consolidan con nuevos conocimientos que no pueden admitir las doctrinas dogmáticas.

Hoy se habla de lo débil del Laurencio, de lo breve de su existencia natural, porque en ocho segundos pierde la mitad de su radioactividad, pero para nosotros y para el mundo científico tiene un interés teórico extraordinario al ponerse de relieve que tuvo potencia para contribuir a formar el universo, y que existió antes de los elementos que se conocen. Y los nuevos conocimientos nos hacen pensar que débiles son todos los elementos del Cosmos considerándolos aisladamente, o unos independientes de los otros : débiles los **quanta**, el elemento 104, todos los elementos conocidos o no hasta el presente, la misma fuerza de la gravitación, etc., etc., como débil o impotente para seguir existiendo o funcionando es un órgano o una unidad anatómica — célula — cualesquiera del cuerpo humano si los demás órganos o las células que los forman desaparecen.

No exageramos al hablar de lo débil de la gravitación. En efecto, las posibilidades de desintegración de las moléculas, de cambios de estructura molecular, de combinación de las moléculas y de la formación de los cuerpos sostenidos a distancia por la fuerza gravitacional existen, exclusivamente — aunque parezca perogrullada lo que decimos — en el Cosmos, gracias sólo a éste : a la materia o a la energía que lo constituyen, que le hace ser lo que es : Cosmos.

Hemos hablado de la debilidad de los elementos conocidos y de los desconocidos, o más bien dicho por ser, a nuestro entender, lo cierto : de sus potencias variables considerándolos o no aislados, por abstracción, y de la fuerza gravitacional. So-

bre éste más decimos : que la gravitación, por sí misma — entiéndase bien esto : por sí sola — no parece ser, realmente, una ley por deberse a otras fuerzas y depender de todas su propia existencia. Podemos rechazar esa ley de la Naturaleza al comprobar que no es invariable, que carece de potencia propia y, por lo tanto, no posee cualidades y condiciones que le basten para existir, independientemente, e influir en cuanto la rodea.

Se justifica, pues, dudemos que la gravitación sea una ley al considerar que no es fuerza propia dominadora del torbellino de las galaxias, el centro de sus movimientos, de los estelares, del movimiento de todo nuestro sistema planetario y de, en fin, generalizando : de todos los movimientos de los cuerpos, del polvo cósmico y de los gases que se hallan en el espacio con cuya **naturaleza** parece estar relacionada, de uno u otro modo, el origen mismo de la fuerza gravitacional como las demás fuerzas o energías del Cosmos.

En esto hombres de ciencia y otros que no lo somos, vamos pensando lo contrario que piensa y cree todavía la generalidad de las personas en todo el orbe : que la potencia mayor o menor de la gravitación depende, repetimos, sin cansarnos, de la distribución de la materia en el espacio, y **no que** sea una fuerza independiente que ejerce su atracción sobre toda la materia.

Cada día que pasa ponemos más en duda la existencia de las llamadas leyes de la naturaleza, porque sólo comprobamos combinaciones casuales — y no causales — de la materia, salvo cuando intervienen los dinamismos psicológicos de los seres humanos determinando cambios en cuanto los rodea.

¡Eureka! El más feliz descubrimiento se ha hecho : ¡Vida sin leyes en el Espacio! Como queremos los libertarios vivir con nuestros congéneres en la Tierra : libres, sin leyes encadenadoras, también inventadas, como aquéllas, por los sujetos autoritarios. La falsedad se descubre : la **costumbre** de la Autoridad, por medio de su mala cultura, de fabricar leyes artificiales para esclavizar a los individuos humanos y a los pueblos hizo que hasta los científicos usaran los mismos términos al referirse a las fuerzas o energías del Cosmos.

Sólo siguiendo por el camino del indeterminismo — que permite absoluta libertad de movimientos — pudimos, como humanistas libertarios, aunque sin la profundidad de pensamiento científico de Heisenberg, compenetrarnos totalmente con el Cosmos y descubrir, con alegría, lo que consideramos la verdad que engloba todas las fracciones de la misma : el Hombre y el Espacio, con toda la materia que lo ocupa, en plena armonía cósmica. Ni al primero ni al segundo le son **precisas** leyes para existir.

Ser sin límites es la verdad en el Cosmos. El Hombre en la Tierra tiene el deber de aprender esta gran verdad para superarla con su **inteligencia** y su conciencia moral. Sólo así podrá evitar los cataclismos sociales que enferman y diezman permanentemente a la especie humana. Y las leyes han favorecido y sostenido el desarrollo de todos los males que ésta ha sufrido, y sigue su-

friendo, sin que los Pueblos se decidan a prescindir de ellas, totalmente, en la organización de las sociedades humanas.

Las experiencias al respecto son terribles y muy aleccionadoras. En la lucha de los seres humanos por su emancipación, mal ven compensados los ríos de sangre derramada por millones de vidas generosas cuando se conforman sustituyendo unas leyes por otras. Momentáneamente obtienen partículas de libertad que pronto las pierden en el engranaje complicado, ciego e implacable de aquéllas.

Bajo el imperio de las nuevas leyes la tiranía insensible más experimentada, astuta y cruel vuelve a arraigar, y fortaleciéndose crea otras formas de opresión, no menos violentas y liberticidas que las anteriores destruidas por los Pueblos ansiosos de libertad. ¡Cuántos se engañan a sí mismos o son engañados y burlados por los logreros malditos de las revoluciones!

Los legajos y textos llamados legales e inviolables a través de los tiempos siempre han justificado y defendido, por medio de los **sayones** de la Iglesia y del Estado, toda clase de supersticiones y sancionado las más tremendas injusticias. Milenios lleva la Humanidad torturada, angustiada, sofocada bajo el peso agobiante de la ley. El culto a esta superstición : a la ley, ha de desaparecer para bien de la salud física, psíquica y mental de los seres humanos como algún día desaparecerá la que ocupa el primer lugar entre las supersticiones y que, seguramente, será la más difícil de desarraigar de las mentes y de los **corazones** de las personas : el culto a los muertos.

Hora es ya que los muertos y los pueblos de todo el mundo comprendan que cualquier ley es una restricción vital que perjudica a la existencia normal de la Humanidad. Sujeta a arbitrarias leyes escritas, antibiológicas, encadenada por las mismas, sin poder hacer ejercicios de libertad, en la medida que lo permiten sus fuerzas físicas, psicológicas y mentales, la imposibilitan ser más vigorosa, más sana y feliz. Paso, pues, a la verdad científica, humana, racionalista y humanitaria : No más leyes en el Espacio y menos en la Tierra. Amor, solidaridad y equidad es cuanto hace falta practicar en la vida social para que el género humano obtenga el sosiego y la paz permanente que merece gozar.

En mejor buen sentido que la fuerza gravitacional — y las demás energías cósmicas — por contar la especie humana con fuerzas propias conscientes, sus potencias biológicas y psicológicas **pueden** variar y mejorar según sus componentes se presten solidaridad, ayuda mutua y gocen los bienes comunes de acuerdo con las peculiares necesidades físicas, psíquicas e intelectuales de cada individuo humano. He aquí consolidada, por la ciencia misma, cien por cien, la filosofía humanista libertaria. Dejemos a un lado, pues, al viejo e inservible determinismo, porque ya ha cumplido su misión histórica en el campo del positivismo. Es un grave error pretender todavía negar que los sujetos indiferentes al dolor ajeno son responsables **morales**, y hasta materiales, que la Libertad y el Bien-

estar no sean más pronto gozados por todos los seres humanos.

Volviendo a situarnos en el campo de las fuerzas cósmicas, del que nos salimos un tanto, comprobamos que todos los caminos del sentir y del raciocinio que tomamos nos llevan al mismo punto de convergencia, a la misma conclusión: la fuerza gravitacional que a los ojos de todo el mundo, generalmente hablando, parece enorme, grandiosa, incalculable, que todo lo abarca y domina es, en verdad, débil e inferior a otra cualesquiera de las potencias y conocidas en nuestros días que obran como fuerzas organizadas y dirigidas por el hombre.

Ya en 1937 el eminente físico británico P.A.M. manifestó que « comparada a las fuerzas electrostáticas la gravitación se debilita con el tiempo. » Por otra parte, a la vista está el hombre surcando el espacio empezando a sacudirse el dominio de la fuerza gravitacional. Y lo débil de ésta se va confirmando al estudiar otros aspectos de la misma no tenidos antes en cuenta: las fuerzas de la inercia, por ejemplo. El tremendo tirón que el sujeto siente y comprueba viajando en un automóvil que dobla una esquina a gran velocidad es una de las fuerzas de la inercia.

El físico alemán Ernst Mach ya dijo en el siglo XIX que las fuerzas de la inercia tienen origen en partes más o menos distantes del Universo, y que pueden también considerarse gravitacionales de acuerdo a como se sienten en « movimiento acelerado en un laboratorio. » Esta misma opinión fue sostenida en el siglo XVII por el filósofo británico Bishop Berkeley.

En 1963 el profesor Robert E. Dicker, del laboratorio Palmer de Física, Universidad de Princeton, con la colaboración del doctor Carl Grans, uno de sus estudiantes, mediante una teoría relativista de la gravitación que desarrollaron, que es un amodificación de la célebre teoría de la relatividad ideada por Alberto Einstein, relacionada también, estrechamente, con otra sustentada por Jordán, físico alemán, llegan a las mismas conclusiones. Este, sin basarse en una teoría adecuada de la gravitación dio por sentado, como cosa cierta, que « las fuerzas de la inercia son solamente otro aspecto de la gravitación, y que la potencia de ésta depende de la distribución de la materia en el Universo. »

Por otra parte, cierto número de astrónomos y físicos encabezados por el astrónomo Arthur Eddington creían que la potencia recíproca gravitacional era algo fijo, pero en el mismo año de 1963 Robert Dicke, con otros sabios especializados en las mismas ciencias, consideraron que la potencia gravitacional quizá no sea una cantidad fija, dicho en términos matemáticos, sino que está relacionada con la estructura del Universo. Estos científicos no lo afirman, formalmente, porque el rigor científico exige más pruebas y comprobaciones, pero es la creencia que tienen dadas las experiencias obtenidas al respecto que concuerdan y armonizan — ya son pruebas favorables — con todas las manifestaciones de la vida cósmica.

Vamos comprobando que se afirma el determinismo en la naturaleza, que se multiplican las coincidencias científicas de sabios de todo el mundo confirmando, en este minuto de tiempo que estamos viviendo, lo que dijimos hace unos años al expresar, con otras palabras, cómo entendemos « actúan las fuerzas de la dinámica biológica universal », que es decir también en el Cosmos.

A pesar de que el autor de la teoría de la relatividad fue determinista hasta el fin de sus días comprobamos hoy que el mismo relativismo está riñendo con el determinismo, se va distanciando de éste y acercándose al indeterminismo, armonizando ambos más y más por razones obvias. Y es que, en realidad, desde el punto de vista rigurosamente científico, son partes de la misma concepción y están desalojando al determinismo de sus falsas posiciones doctrinales científicas y filosóficas, y ocupándolas con verdades nuevas, más positivas, comprensibles y humanas. Estas son las que intentamos colocar por encima de todo lo dogmático y de cuanto ya no tiene razón de ser por haber cumplido, repetimos, su misión histórica: la angustiosa búsqueda de verdades positivas con los elementos que el determinismo tenía a su alcance.

Mucho nos alegra que buena parte de lo fundamental que publicamos, desde hace medio lustro, en « Solidaridad Obrera », de París y en CENIT, sea hoy más actual que ayer, que la ciencia lo va ya confirmando. Y se confirme la necesidad de aprovechar todas las experiencias sensibles por lo útiles que pueden sernos. Que nuestros semejantes no echen las suyas en saco roto, por raras que sean, aunque « parezcan disparates o destinos de mentes calenturientas » como las que nos publicaron en 1961 en « Soli » al referirnos a las nuestras experimentadas y escritas por nosotros el año anterior.

Esto último entrecomillado lo manifestamos al comentar el Congreso de Astrónomos del continente americano publicando entonces algunas de las ideas que intuimos. Una de éstas es oportuno recordarla hoy con motivo de las conferencias que se han estado dando en la ciudad de México, en 1963, sobre la Tecnología y las Ciencias Especiales tres años después de haberse celebrado el congreso precitado.

En una de las muchas conferencias pronunciadas por el universitario Miguel Alemán, hijo del ex presidente de los Estados Unidos Mexicanos, con el mismo nombre, sobre tema de tan palpitante actualidad, llegó a afirmar que « el hombre alcanzará velocidades cercanas a las de la luz. »

Miguel Alemán opinó como transcribimos, fundándose en la capacidad de progreso tecnológico y científico del hombre y en las velocidades ya alcanzadas por éste en el espacio. Nosotros, en 1960, tres años antes, aproximadamente, sin haberse realizado el primer vuelo espacial — que tuvo lugar desde territorio ruso el 12 de abril de 1961 — empezamos escribiendo notas sobre lo que nos sugerían determinados estudios de los astrónomos reunidos en México. El de astrofísica presentado

por los eminentes científicos William A. Baum y R. Minkowski nos sugirió el título siguiente para uno de los capítulos sobre la Vida en el Cosmos, que después escribimos: « ¿Viajará el hombre a la velocidad de la luz? » Y añadimos la nota sobre lo que intuimos para no olvidar en qué nos basábamos.

Dando por descontado el progreso inusitado, febril del hombre en los campos de la tecnología y de las ciencias espaciales fundemos más sólidamente a Miguel Alemán y otros conferenciantes la posibilidad precitada anticipándonos unos años a los mismos. Después de estar, durante unos meses del año 1961, publicándose en « Soli », de París, capítulos sobre **La Física, la Astronomía y la Química hablan**, le tocó el turno al que lleva el capítulo mencionado más arriba que vio la luz el 19 de octubre de dicho año y decimos en él — el que escribe, que casi siempre hablo en plural por considerar que los conocimientos son universales — que « el hombre viajará a la velocidad de la luz », Basemos nuestra intuición, o nos inspiremos en el hecho científico — que en este caso pudo ser medido y fotografiado, bien fundado y comprobado, por lo tanto, como explicamos ampliamente en el precitado escrito — de galaxias que se alejan de la nuestra a 138.000 kilómetros por segundo, o sea: a 0.46 casi la mitad de la velocidad de la luz. Lo dijimos pensando en que si de forma natural o indeterminada centenares de miles de millones

de astros se trasladan o se mueven a esas velocidades cómo no creer que el hombre hallará los elementos y medios adecuados para determinar o poder moverse por el Cosmos más velozmente que aquéllas.

¿Por qué no ha de ser motivo de legítima satisfacción moral y mental el habernos — suponemos que habremos coincidido con otros sujetos de otras partes del orbe lo hayan o no publicado — adelantando unos años a opinar sobre problemas de astronáutica que hoy sirven de temas para conferencias que se dan por la televisión mexicana y por la de todo el mundo?

Todas las personas hemos de evolucionar buscando los aciertos pasando por encima de los errores que cometamos, sin permitir que éstos nos detengan jamás por muy « brillantes » que nos parezcan ser. Y actualmente, basándonos en los nuevos conocimientos, consideramos — los que coincidimos — que es un error mayúsculo que nuestro contradictor — y muchos otros individuos humanos — sostengan todavía el viejísimo concepto de que no hay acontecimiento alguno en el Universo que no tenga antecedente como causa motivadora que representa la base más sólida del concepto filosófico del determinismo.

F. OCANA

(Continuará.)



Discurso del hombre libre

(CONTINUACION)

IX

GRANDE es mi placer al hallarme hoy entre vosotros, discípulos muy queridos.

No fue sin grandes penalidades que hasta aquí pudimos llegar Timoteo, Anatolio y yo. Todo sea por bien empleado cuando me proporciona el goce de hablaros de viva voz y de fraternizar con vosotros.

Dejadme que os dé gratas noticias de los hermanos de Antioquia y de Italia. Y pues que a hablaros me habéis invitado, hablaros he con doble entusiasmo. Por ser vosotros quienes recogéis mi palabra y por ser el tema muy grato a mí.

Hace algún tiempo hablé a los profanos de Lydia entre los que se hallaban no pocos de los amantes y conocedores de nuestra doctrina.

Les hablé de la dolorosa realidad presente. Esto es, de cómo es sometido al sistema el hombre, cuando deviera ser viceversa. No traté como era necesario esta realidad, porque causas ajenas a mi voluntad lo impidieron. Y como ahora me vino a la mente, quiero iniciar mi hablar de hoy exponiendo lo que yo entiendo acerca de estas cosas.

Cuando picados de observación, habiendo adquirido una cierta afición a pensar, analizamos la trama social, administrativa y dirigente que ordena la marcha de los pueblos y su diario vivir, encontramos la curiosa contradicción entre que los hombres y los pueblos son obligados a soportar mil fórmulas forzadas y esto en nombre de su bienestar y su felicidad.

Basados en eso que se llama derecho romano, todo es sutileza y complicación, doble sentido o múltiple sentido, de donde siempre sale ganando el que maneja la ley. El individuo debe plegarse a ordenanzas y edictos, sean o no sean aceptables. Todos son deberes a cumplir en nombre del bien común de donde surgen el malestar y la desgracia común, porque cada uno de los que ese común forma, se siente agraviado o dañado, molestado y forzado.

La aprobación general previa es cosa que no interesa y se soslaya; esto no es inconveniente para que en principio haya una declaración en la que consta que tal se hace con la aquiescencia de todos o de la mayoría, y si no, convenida constatación de una necesidad que se dice sentir. En torno al sujeto se levantan empalizadas reglamentadoras que controlan su vida, y trazan el camino que ha de seguir sin poder torcer a derecha o a izquierda, marcándole eso lo que ha de hacer y eso otro que no ha de hacer.

De aquí se desprende que el sistema se apodera del individuo haciéndole vivir en un ambiente de

asfisia, maniatándolo si no se doma, y ello en nombre de su bien propio.

El sistema nace para el servicio de la comunidad. Pero en la realidad resulta que es la comunidad quien vive para el servicio del sistema. Así, aquello que debiera ser elemento de bienestar, se traduce en elemento de desgracia. Mentalidad obtusa, siempre con el sentido ridículo del límite, agarrada a un parcialismo menguado, ruín, hecho código moral, monta y construye el tinglado que dirige a los pueblos, sometiéndolos.

La cortedad mental, el criterio romo, ese deleite de querer ser más inconsciente que la bestia, mueve los dirigentes a complicar sadicamente la existencia con obligaciones y sanciones, creando esa maraña sistemática donde el individuo se ve cogido más y más, haciendo de la existencia uno de los más insoportables martirios. Y ello en nombre de la felicidad. A eso se llama orden.

Cada fracción que gobierna dice que su sistema es el mejor. Invariablemente es campeón del buen sentido, el grupo u hombre que se alza a los lugares de mando. Aparentemente, porque lo dijeron a gritos, se ocupan de hacer más llevadera la existencia humana, más agradable, más justa la vida de sus sujetos. Empero, de cierto que todas sus cavilaciones son ocupadas en lo que han de legislar, es decir, en el sistema. El hombre es el sujeto, la ley, el objeto. El hombre y su suerte es lo secundario; la primera ocupación está en hallar la diabólica manera de complicar la existencia de aquellos que vienen obligados a obedecer.

De forma que la competencia de tipo doctrinal no es que competencia de sistema, bien claro está. La pasión y la lucha se desborda por la consecución de imponer su fórmula. El individuo se hará degollar por alcanzar eso, y después habrá de someterse. Y se buscará cuidadosamente y, brutalmente si no, que el individuo se acople a las obligaciones impuestas.

Ved claro, amigos, de qué forma la pasión malsana domina a los seres por ese mal llamado mandar. Vicio malo que nunca será bastante combatido, porque crea llanto y dolor.

Por muchos alegatos de buena voluntad, esforzando en justificar su conducta, que hagan, la verdad salta a la vista de aquel que quiera ver, nombrándolos por su nombre.

Entonces, nosotros desaprobamos tal proceder que resulta el peor de los vicios. Bien claro está. Pretender adaptar los pueblos a las fórmulas, resulta pretender llevar el agua a la montaña. Crean primero el órgano, y después pretenden crear la necesidad de él. He aquí, pues, que todo marcha a la inversa. Porque lo natural es que, vista la necesidad, se crea el órgano. Crear aquello que se cree como necesario, es de acuerdo. Complicar la vida y hacerla desgraciada creando órganos so-

ciales sin ton ni son o, lo que es peor, con el ton y el son de asegurar el privilegio del que manda y el fastidio de los otros, es de locos. De locos peligrosos.

Es así cómo el mundo amontona ascuas sobre su cabeza, porque se dispensa del placer de pensar, dejando a los aviesos que lo hagan por él.

Entonces yo os exhorto a difundir esta verdad. Jamás nada viable habrá en tanto el escándalo de adaptar el hombre al sistema, prevalezca. Jamás habrá paz sobre la tierra en tanto la brutal mixtificación de las necesidades humanas y sociales perdure y se imponga. Jamás los hombres de buena voluntad tendrán paz y sosiego ni verán un mundo de armonía y sin dolor, en tanto esa moral sectaria y parcial campe y dirija.

Porque la fuente de todo mal está ahí. Porque el fermento de toda imposición arbitraria ahí se encuentra.

Por eso cualquiera que sea la doctrina que con esa tendencia pretenda ganar las voluntades y su triunfo no traerá bien ni traerá paz. No es que yo pretenda tronar maldición. Pero si pretendo rectificación.

Cuando el hombre no ha alcanzado la conciencia, juguete de su pasión es. Y, hasta cierto punto irresponsable, las ideas malas le dominan. Y su inteligencia y su acción van en locura estúpida sin conciencia del mal que provoca; entonces, maldecir es infantileza y debilidad.

Superior a ellos de cien codos, el ser que penetró en la Conciencia, trata de ganar las voluntades sanas y cercar el mal más y más hasta que es curado.

A veces, sufrís una herida. La llaga abierta se emponzoña y el pus corroe la parte sana de vuestro cuerpo. Si no ponéis mano y atención, terminará por mataros la gangrena. Pero si desinfect-

táis la herida en principio, el mal se detiene y poco a poco, sitiado, va curando y al fin nada queda. ¿Conseguiríais algo maldiciendo la herida? No. Pues igual en el cuerpo social.

Porque escrito está: «Harás siempre de forma que a tí mismo nada tendrás que reprocharte. No porque algo malo hiciste, sino porque supiste comprender y rectificar».

He aquí que vosotros sois así antorchas ardiendo que vais a hacer la luz en la noche.

He aquí que vosotros sois música sublime que gana los corazones para el bien.

He aquí que sois barcos sólidos destinados a salvar los naufragos de la vida.

He aquí que sois abrigo y consuelo, entereza y confianza.

Los hombres, por vuestra palabra conocerán el camino para llegar arriba, a la Conciencia.

La verdad brille en los lugares donde os encontráis, luceros que sembráis la luz.

Satisfecho estoy, como vosotros, de comprobar hasta qué punto estamos en lo cierto al pensar como pensamos.

Nuestro credo es universal y no sólo justo por considerarlo justo, sino porque no es dogma ni límite.

He aquí que basados en el libre acuerdo, no sólo negamos todo sistema estático, causa del mal, sino que decimos al hombre: date el sistema de vida que más te acomode.

Esos que se consideran enemigos nuestros tendrán alboroto y crujirán de dientes. Empero, ¿es culpa nuestra, si fuere culpa, el librar nuestro combate? Antes bien, de ellos es que son como son y obran como obran.

FABIAN MORO

(Continuará.)



Dos conferencias en Casablanca

por Muñoz Congost

(CONTINUACION)

Así, lo que hoy parece deseo de brutalidad y violencia, lo que no es sino semblanza de período cruel y cruento, es operación quirúrgica que garantiza la supervivencia.

Adoptar las medidas bastardas de solución mediocre, es..., válganos la repetición de la imagen, la actitud cobarde del médico que ante un miembro engangrenado en el cuerpo del paciente, combate con emplastos y ungientos en lugar de cercenar el miembro perdido. Se prolonga el sufrimiento a ciencia y conciencia de que nada se logra, y de que el mal, creciéndose, invadirá el cuerpo entero.

No se nos oculta que hemos trazado un panorama sombrío y triste y que alzamos ante las jóvenes generaciones un cuadro pavoroso.

Pero a fuer de sinceros que ésta y no otra es la realidad. Que nuestra España, la de los tristes destinos, una vez más en la encrucijada, no encontrará el verdadero camino, si no limpia el horizonte de abrojos y malezas; si al iniciar nueva ruta, no sabemos, sus hijos, mantenernos en vigilancia constante eliminando todas las posibilidades por nimias que sean, de que las alimañas, de que los parásitos vuelvan a poner pie en la historia.

¿En quiénes y en qué solución confiar, si pintamos así, el mundillo político, como un conjunto de peligros y amenazas, de incapacidades y ambiciones, de torpezas y envidias?

Sin querer traer el agua a nuestro molino, nosotros, los libertarios españoles, afirmamos, fuertes de las lecciones de la experiencia y con la razón de los sufrimientos vividos (que no se puede infeudar el porvenir de España, a ninguna minoría política pseudo nacional o de importación, que no podemos ni debemos los españoles continuar delegando en figuras de la oratoria y de la tribuna más apegados a la política de puro medio personal que a la realización de las aspiraciones sociales de la colectividad).

Se nos propone una solución coronada, con dos candidatos: Don Juan, el aspirante falangista, y su hijo Juan Carlos, educado en las academias militares del franquismo, y con hombres políticos como un José María Gil Robles, bajo cuyo auspicio se preparó la sublevación militar.

Y en el conjunto político que había de regir nuestros destinos, socialistas republicanos, demócratas cristianos, Opus Dei, viejas reliquias de la monarquía alfonsina, disidentes del falangismo, etc., ¿qué garantías de futuro? Ninguna. ¿En qué situación quedarían los grandes criminales del régimen actual? ¿Y un ejército encuadrado por una oficialidad plagada de fascistas descarados o en-

cubiertos? ¿Y la Iglesia, cómplice del crimen monstruoso? Las organizaciones verticales de la España actual cambiarían el color de su etiqueta y bajo el cubierto de un cambio de régimen, seguiría el calvario del pueblo español, sin esperanzas de progreso, con la amenaza constante de que en caso de mayor liberalización del régimen, los representantes de la reacción volverían a desencadenarse.

Sólo un argumento pueden los partidarios de esta solución enarbolar: años de tranquilidad con política de firmeza y rigor. Pero no olvidemos el pavoroso problema económico, el fantasma de la miseria de los hogares españoles, a los que hay que buscar una solución. El obrero español no puede continuar siendo el eterno paria, el desheredado, el siervo de la gleba.

Las soluciones al problema económico de España sólo se conciben dentro del marco de una modernización industrial y de una profunda e intensa reforma de la explotación del campo.

En el primer aspecto, es inútil querer confiar en los capitales, en los gruesos industriales del país, para lograr esta modernización. Los productos españoles, aun con una mano de obral mal retribuida, sin ventajas sociales para el obrero que produce, son mucho más caros que los del extranjero, a causa de un utillaje, de unos procedimientos y de una organización anticuada.

Sólo una modificación de las modalidades de explotación, que, haciendo caso omiso de los intereses personales del industrial, permitiese con la disminución del gravamen que representan los beneficios abusivos del capital y de los intermediarios, una mejora de las posibilidades industriales.

Y es inútil decir que con la solución de «dos años tranquilos y de política rigurosa», no es concebible que los poderes instituidos se atrevan a amenazar en lo más mínimo, la contextura industrial y los sagrados intereses de los capitalistas españoles.

Y el obrero español, la masa productora, deberá seguir sufriendo la miseria, y el encontrarse a la zaga de todos los países del mundo.

Pero ello no sería todo, si con esta situación miserable, con un poder adquisitivo reducido a la mínima expresión, no viniera el freno y la paralización del comercio, la disminución de la producción, falta de salida, el cierre de fábricas, el paro... y con el paro la agitación social que habría que reprimir... y la tranquilidad tornaría violencia en las calles.

En cuanto al agro español, la crudeza del problema que hace siglos se plantea, está originada por dos aspectos: el latifundio y el minifundio; las enormes propiedades en su mayoría inexploradas

en unas regiones, y la parcelación excesiva en otros.

El latifundio, dejando sin explotación enormes extensiones que podrían, con unos métodos modernos, ser fuente de propiedad.

El minifundio, porque esa explotación parcelaria, con medios rudimentarios, no permite realizaciones como las que se imponen en el suelo español.

Una y otra forma son fuentes de miseria... La explotación colectiva con medios modernos y eficaces, la aplicación de un vasto sistema de realizaciones públicas que permitieran un mejor aprovechamiento de los ríos españoles, son las únicas soluciones capaces de resolver el problema.

Y tampoco podemos, ni soñar siquiera, que un régimen de transición con la política de «una de cal y otra de arena», se permitiese, ni por asomo, tomar ninguna medida en tal sentido, enfrentándose con las grandes propiedades.

Y el obrero del campo seguirá siendo el miserable consumidor de pan y cebolla, y el pequeño propietario de la parcela microscópica seguirá siendo el avariento rascatierras que come mal y guarda al cabo de los años unos duros en la media de lana. Uno sin poder adquisitivo, y el otro limitando al exceso sus gastos... La miseria del campo añadida a la miseria de la ciudad... ¿Cómo esperar tranquilidad y sosiego para las generaciones así condenadas de antemano?

Cesemos aquí estas perspectivas y vayamos a analizar las posibilidades de mejor solución que nos ofrecen los eternos «legalistas».

El retorno de una república parlamentaria, de torneos oratorios, de política de ateneo, cual la de 1931. Con las mismas debilidades, con la misma actuación... y con las mismas posibles consecuencias. ¿Para qué ir más lejos en nuestro análisis si ya lo hicimos al analizar la pasada república?

Cabe ahora apagar los incipientes temores de aquellos que nos escuchan y que estarán pensando entonces, ¿el comunismo de Estado? ¿La solución marxista?

No. Un no rotundo que exprese al mismo tiempo que nuestra voluntad y la voluntad española de no permitir tal solución, la seguridad de que tal solución es impensable en el horizonte peninsular.

No diremos que no por decirlo, ni por manifestar una vez más nuestra oposición a ese sistema totalitario, que cambiando las cabezas mantendría una estructura semejante a la de hoy. No diremos que no, por expresar nuestro anticomunismo, ni para calmar las aprensiones de quienes ven en la solución marxista una amenaza a la tranquilidad.

Como no es intención nuestra afirmar únicamente nuestras opiniones, sino la de razonar y analizar, nos bastará decir que el peligro comunista, que fue creado y crecido por la misma propaganda del franquismo, es hoy lo que no era en 1936, un verdadero peligro. Su fuerza internacional, los medios de que dispone, la misma publicidad que Franco les hizo, puede que hayan aumentado en España el número de sus partidarios, ridículo

ayer. El hecho mismo de su poca o ninguna fuerza en el campo sindical, demostraba bien a las claras el poco arraigo que tenía en las masas populares. El «chantage» odioso realizado durante la guerra civil, para mantener ese «mercado» que llamaron ayuda, hizo crear quizá sus huestes; su desenfado y falta de escrúpulos en la admisión en sus filas les ayudó quizá; el enarbolar la bandera del anti-comunismo, cual hizo Franco, pudo hacer pensar a algunos que quizá el comunismo fuera la solución y creyeronse comunistas. Pero el fracaso del golpe de Estado de febrero de 1939, el de las consignas de Unión Nacional y otras, su posición de ostracismo en que le colocaron las organizaciones obreras españolas, nos dicen bien a las claras que el arraigo de sus ideas y métodos en España era pobre.

Pero no olvidemos su actuación solapada y habil, su eterna y permanente demagogia, su astuciosa maniobrera y sus medios internacionales poderosos, capaces de aprovecharse de todas las situaciones indecisas.

Y no nos baste para tranquilizarnos, el decir que la solución eslava es inadaptable para la idiosincrasia y el carácter ibérico. La única y mejor garantía contra el peligro de hegemonía o dictadura comunista, la constituyen las fuerzas del sindicalismo ibérico, si saben mantenerse vigilantes, firmes y decididas para cerrar el camino a los agentes internacionales de Moscú.

¿Cuáles son entonces las perspectivas favorables al pueblo español? Si hemos dicho repetidamente que nos opondremos a cualquier solución de continuidad preconcebida o predeterminada, no pretendemos ahora, decirnos con bonitas palabras y mejores promesas, que tal u otra será una solución que por preconizarla nosotros es la mejor. No hemos venido aquí a hacer demagogia ni propaganda. Nos hemos propuesto hacer un análisis de las contingencias actuales del problema español.

Un punto está determinado como único nexo de relación: El derrocamiento del franquismo. Después... sea cual fuere la modalidad de la transición, exigimos la plena libertad de acción de todas las fuerzas sociales del país, y de determinación por nuestro pueblo de aquella solución que estime necesaria.

Pero es obligación nuestra decir lo que pensamos, señalar los peligros, lanzar el alerta, prevenir a los desprevenidos, y decir con el orgullo de nuestra actuación que siempre fue recta, a todos los españoles que ese futuro que todos ansiamos, no se logrará con sólo derrocar al régimen que aborrecemos, y que con su fin no habrá llegado el fin de nuestras penas, que la barricada social seguirá en pie y que será inútil que se nos pida ni paciencia, ni respeto, ni consideración, ni sumisión, ni acatamiento, ni obediencia, ni carta blanca a los sucesores de Franco, sean quienes fueren. Es obligación nuestra velar y luchar por la libertad de los españoles, por el respeto a su dignidad, por una vida mejor, por un porvenir más noble para nuestros hijos, y en esta misión

PORTUGAL, HOY⁽¹⁾

EXISTEN dictaduras de izquierda (o « proletarias ») y también de derecha. Quizás si la única diferencia ostensible entre unas y otras sea el ahorro de nombres de que hacen gala las de izquierda que, usando siglas para definir sus diferentes pilares o sistemas de aprovechamiento, y los lógicos y también « nueva clase », burocracia, etc. —, y los normales denominativos que se dan las fuerzas brutas y criminales que sostienen a las de derecha. El resto sería, tanto para unas como para otras, la realidad trágica y cruel de la máquina estatal operando a full sobre las doloridas espaldas de los esclavos que todo lo producen para que las camarillas de mandones lo derrochen.

Este folleto de Edgar Rodrigues, que acabamos de leer : « Portugal, hoy », como su título lo indica, se refiere al dictatorial imperio del que es cabeza visible : « el doctor Antonio de Oliveira Salazar, conocido también como el « Doctor Esteves », « Antonio das Contas », y también, durante el régimen republicano, como « Alves de Silva », quien « hizo retroceder a Portugal un siglo en 37 años de gobierno, desparramó el terror, sembró la desconfianza, pervirtió a jueces y escribanos, a militares y a civiles, crió una casta de terroristas

no desertaremos, por promesas, ni regalos, ni amenazas.

Que nadie lo olvide, los hombres de la Confederación Nacional del Trabajo seguimos y seguiremos siendo en todo momento y ocasión, en todas circunstancias y para todas las contingencias, una fuerza.

Y esa fuerza se empleará, sin que valgan falsos argumentos ni represiones, a seguir defendiendo las premisas que por ser tan nuestras forman parte de nuestro ser, de nuestra personalidad y que hicieron de nuestras organizaciones una garantía en la defensa de los derechos auténticos del hombre, no los derechos inscritos en huecas declaraciones que duermen en los papeles, sino los derechos enajenables de su bienestar, de su libertad, de la fraternidad.

Sean cuales fueren las contingencias que se presenten al pueblo español, los hombres de la Confederación Nacional del Trabajo velan permanentemente en el campo, en el taller, en la universidad y en el laboratorio, atentos y dispuestos.

Quede aquí dicho para conocimiento de propios y extraños.

Próxima conferencia :

« Contingencias y perspectivas ».

Nota: Estas dos conferencias han sido registradas en cinta magnetofónica. La Secretaría de C. y P. del S. I. la pone a disposición de todos los organismos que la soliciten.

en la P.I.D.E., amordazó a profesores, abogados, periodistas, atrofió las mentes de la clase trabajadora, acabó con todos los partidos, creó campos de concentración, leyes represivas, durante su reinado crecieron fortunas colosales, la Iglesia mixtificó al Pueblo con la burla de Fátima y, en fin, consiguió lo que jamás se lograra antes : yugular al Pueblo portugués durante 37 años. » Páginas 39-40.

Siendo enemigos del liderismo, no hacemos a nadie « cabeza de turco », como los bolcheviques, que convirtieron a su « amado Stalin » en el criminal más grande que la historia haya conocido, en tanto sus « camaradas » de ayer pasaban a ocupar el sitio de nuevos santones de la Rusia estatal-burocratizada. Nos satisface el autor de este vibrante, acusador, fiel y batallador folleto contra una de las tantas tiranías que han acogotado aún a la humanidad, cuando más adelante, en la página 41, expresa con objetividad determinada y concreta : « Si Salazar ha durado tanto puede agradecerse de rodillas, con los ojos cerrados, a la Madre Iglesia Católica, soporte de este modelo de dictador de los tiempos modernos. » Y aún agregaremos a unos cuantos verdaderos culpables que forman parte, sin serlo, de la confabulación sanguinario-explotadora que ahierroja a Portugal : « ...la C. U. P. Somer, Banco Atlántico, los grupos Manuel Pinto Acevedo, Borges Irmãos, Banco de Angola, Banco Espírito Santo, Sociedades Agrícola de Cassequel, Diamant (ésta es un tercio de las tierras de Angola) y un grupo de ministros de Estado (todos viviendo en la península) », (pág. 38), y, en fin, el militarismo, la policía con sus infinitos esbirros bien cebados, uniformados y sádicos, los grandes industriales y terratenientes, los aprovechados de adentro y de afuera; porque es imposible olvidar que tras la montaña de crímenes que esa dictadura trata de ocultar, se encuentran las garras de potentados que quizás no conozcan a Portugal y sus posesiones más que en fotografía, pero que se han encargado de aportar su sostén a la dictadura y que, incluso, de haberlo deseado, poco trabajo les hubiera costado destruirla. Conocidos gobiernos de tipo « democrático » ha habido y hay todavía en funciones que ven con ojos demasiado amables la actual situación del Pueblo portugués, sin que levanten un dedo para remediarla, por el contrario, lo han hecho — y más de un dedo — para que se sostenga, si fuese posible, por los siglos de los siglos. Cosa muy parecida podría decirse con respecto al íntimo de Salazar, « caudillo » por la « gracia de dios » y de la « cruzada », « caballero cristiano », para la voz « sagrada » del Vaticano y todo lo demás, que en el último extremo y gracias al apoyo de los trusts de Norteamérica, podría efectivamente ser causante número 1 de la desaparición de

toda la Península Ibérica, si — lo que no es imposible, por desgracia — los **cien megatones** estallaran en el centro del objetivo primario y estratégico que se tiene previsto. A todas estas averiguaciones y condenas nos conduce el vibrante folleto que tenemos a la vista, en el cual, su autor, un excelente luchador por la libertad y la justicia portuguesas, en escasas páginas nos da una rotunda y terrible idea de lo que significa una dictadura incrustada en el corazón de un pueblo digno de mejor suerte.

Imposible dejar de reproducir de la página 36 la acusación que inútilmente fue presentada ante la O. N. U. en 1961: « En un cierto sentido la situación es peor de lo que era la esclavitud simple. En el sistema de esclavitud, a final de cuentas, el nativo es comprado como un animal y es interés del propietario el que aquél se mantenga en buen estado de salud como un caballo o un buey. Pero aquí — se refiere a los dominios de la dictadura llamada salazarista — el nativo no es comprado — está alquilado por el Estado a pesar de que se supone continúa siendo un hombre libre —. Su patrón en consecuencia no se preocupa lo más mínimo si cae enfermo o muere, ya que de suceder así el patrón se limita a pedir que lo sustituyan. » Presentado en la O. N. U., como denuncia contra la dictadura. Pero estamos obligados a preguntar ¿cuántos en la O. N. U. no podrían lanzarse a evitar semejante estado de ignominia y muerte por contar entre sus potencias representadas analogías demasiado señaladas que se lo impiden?

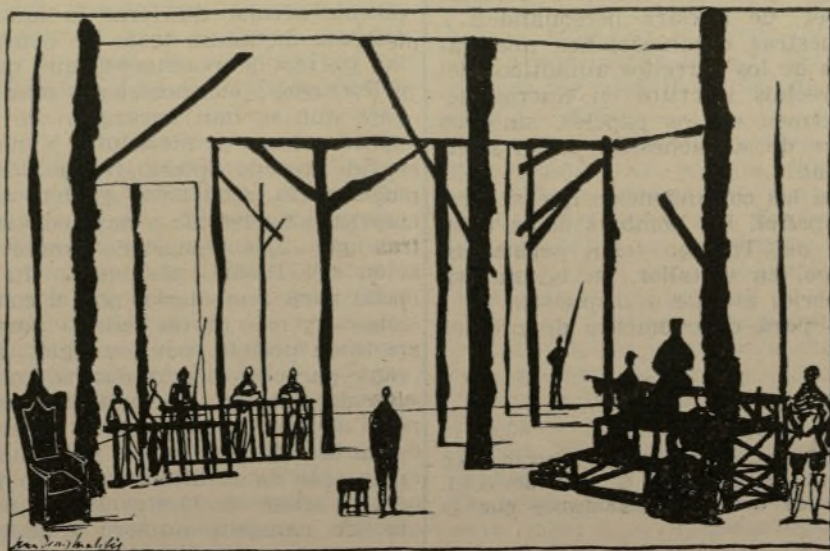
No obstante anotemos algunas otras « virtudes » de este régimen feroz que nos ocupa: « El saber leer, escribir y contar es lo suficiente para la mayor parte de los portugueses », según la ley del 24 de noviembre de 1936; « es pecado pronunciar la palabra libertad », según la enseñanza impartida por los sacerdotes durante años; « se ha creado

otro campo de concentración en Salatongo (Villa Salazar), Angola; « una sopa o un vaso de agua de Lisboa » (el vino) paga uno o más días de trabajo, y esto cuando el patrono cumple su promesa »; pero para qué seguir citando las maravillas de este edén que en pleno siglo XX nos ofrecen los « 37 años de Estado Novo », que Edgar Rodrigues desmenuza en forma lacónica y ascendente en cada página, hasta lograr un verdadera impacto de una conciencia sana contra las repugnantes cabezas de la Hidra. Es posible — hoy en día todo es posible en medio de tanta complicidad y cobardía desencadenadas sobre el planeta — que este modesto, pero valeroso y radiante folleto no destruya tanto terror y tanto sufrimiento; pero no ofrece una salida optimista con esta sola frase inserta en la página 31: « Más del 60 por 100 de los portugueses son contrarios al régimen de excepción imperante en Portugal desde 1926. » Y esto, más que decir o hacer señal de algo positivo y promisor, es colocar sobre el tapete de la rebelión una de las más ciertas posibilidades de victoria sobre la tiranía que oprime, destruye y mata al proletariado portugués. Esa sola mención, clara y estadísticamente expuesta — como cada uno de las afirmaciones de este sereno folleto — valoriza el esfuerzo heroico de haberlo escrito y publicado.

Cosme Paules

(1) «Portugal, hoy», por Edgar Rodrigues. Ediciones F. I. J. L., Caracas, Venezuela, 1963. Con una Introducción del Grupo Editor, 44 páginas. Excelente papel satinado e impecable impresión. Y con una portada a colores que merece destacarse, pues antes de empezar a hojear el libro nos da una idea bastante exacta de lo que significa la fatídica opresión ejercida desde el Poder por la fuerza bruta de los dominadores del hombre por el hambre.

Pedidos a CENIT.





El universo de Alaiz

X y último

A las cuatro edades del hombre, a las « Veinticuatro horas de la vida de una mujer », a las « Veinticuatro horas de D. Marcelino » supera la suma de contornos síquicos y morales que Alaiz nos ofrece cuando se refiere a la mujer. Algo mencionamos cuando al tratar del amor (1) lo hacía tras la imagen femenina múltiple y frágil. En realidad, aquellos calificativos del amor son tantos títulos que coloca en las frentes de todo el mundo. Así nos encontramos con la mujer loba, la vampiresa, la esfinge, la comadreja, la serpiente, la leona, la tórtola herida o por herir, la pantera y la cotorra. Ninguno de estos calificativos fue escrito con tono desdeñoso; muy al contrario, no ha despreciado Alaiz a nadie; ha señalado los defectos precisamente para estímulo de mejoramiento, para que, artista de su propio barro, la mujer como el hombre, se corrija.

Cuando refiere la leyenda de la japonesita viuda, Felipe ofrece una receta para curar la hipocresía, producto del falso ambiente, de la falsa moral. Se llora al moribundo o al muerto más que por congoja por la coacción de los que te circundan. Recordamos ahora la bonita poesía de « La madre que supo llorar »; recordamos las cien reflexiones que a veces hemos oído de nuestros más cercanos amigos, cuya entereza y serenidad suele confundirse hasta con la crueldad a los ojos del público pueril y superficial.

Siempre hemos considerado como gran enemigo de lo humano ese intento tan perseverante de coaccionar, de presionar sobre aspectos incluso nimios y ridículos tan a menudo repetido. ¿Quién puede decir que es completamente libre, que la colectividad no le impone y crea trabas a cada instante, que cada día deja tras sí granitos de su independencia? Alaiz nos ha ayudado a hacer frente al ambiente, a navegar contra corriente, que es lo más sano cuando ello es necesario, lo más sano y lo más difícil.

¿Por qué la mujer ha sido objeto de los mil análisis de Alaiz? Porque la mujer continúa siendo la fiel expresión de lo convencional, es algo así como una máquina modernísima de convencionalismos fundados a destajo.

La mujer en nuestros días es dominante por esencia, si no en potencia; en lo social como en el terreno familiar sobresale en razonamientos y hasta en tenacidad para defenderlos. « La conver-

sación, dice Alaiz, está dirigida por las señoras, que tienen un sentido muy despierto para darse cuenta de la excesiva gravitación de un tema, dulces y felinas en escudriñar, soslayar, subrayar, encaminar los diálogos por donde quieren o salpicarlos o dejar estrujado un asunto igual que se estruja un limón. »

Si hubiera que conceder un título a Alaiz, tendríamos que darle el de **Cirujano de la moral**, de la del día como de la eterna, de la natural como de la aprendida, de la caduca como la naciente.

El tipo de mujer héroe nos lo ofrece con el de Agustina de Aragón — que no es de Aragón, sino de Tortosa —. « Héroe no por ser patriota sino, por ser hembra ». De ahí el papel, constatado en infinidad de ocasiones, que el sexo juega en la mujer. Domina ése a ésta en el 99 % de los casos y personas. El diario observar es irrefutable. Es patético. Cuando se mezcla la mujer no hay odio que resista... a no ser que al mezclarse sea para odiar más aún. Los odios de una guerra en cualquiera suelen durar más que en el elemento femenino. Los odios desaparecen en cuanto se lo proponen las mozas del pueblo. Así pasó en la guerra dicha de la independencia; así pasó en todas las guerras, hasta en las llamadas civiles. Dice Alaiz, refiriéndose a la de 1808 : « Quedaron algunos soldados franceses a quienes se les miraba con ojeriza. » Se quedaron desertando del hambre que pasaban en el ejército napoleónico. Pronto se unieron a las muchachas jóvenes del país y es por eso, dice, que hoy son allí corrientes los nombres de Charlez, Guilloma, Dotu, etc. La mujer es, pues, lo más adaptable que se conoce, fácil al convencionalismo... cuando éste va revestido de sexo, o de simple coquetería, irresistible propiedad femenina.

Carolina Coronado no pudo evitar las historietas de sexo hasta que se casó; sin embargo decía que el espíritu no tiene sexo.

Deducciones semicientíficas o pseudocientíficas, en las que no creemos mucho, concluyen que la mujer evoluciona hacia lo viril, es decir, que se aleja poco a poco de su estado femenino, mientras que el hombre es cada día menos macho. No se acuerdan los que así razonan de que existió el matriarcado y que allí el papel del hombre era secundario. No puede llamarse evolución a lo que apenas es movimiento oscilatorio.

Elige a Mariana Pineda como prototipo de otra clase de mujer. « Es el caso de la mujer que supera al hombre. » La vergüenza debería sonrojar a los hombres cuando de dos cosas tan distintas como son Mariana y Agustina, de un lado, y del otro, la política, han explotado ésta y se han servido de aquéllas, desvirtuando la obra, la gesta y

(1) Federica Montseny dice que hay amores del alma y amores de piel.

la intención de las dos muchachas. Más que la política dominó el sexo. El Sexo y un concepto muy alto de la dignidad. Mariana salvó a un primo suyo, Sotomayor, preso y condenado a muerte; su obra consistió en proporcionarle vestido de fraile para que huyera, y huyó. Se escondió el falso fraile — ¿cuándo no lo son? — en casa de Mariana. Allí fueron a buscarlo y lo volvió a salvar entreteniéndolo a los guardias mientras él huía. Se salvó él, no ella, y, concluye Alaiz: « Mariana daba vida y libertad a los hombres, y los hombres huían. Ellos eran amigos de la libertad teórica y escrita... » Y el canto a la mujer en la persona de Mariana Pineda termina: « La policía halló la bandera que bordara Pineda escondida en un fogón de su vecina, la viuda de Peralta. Esta quiso librar a Pineda, haciéndose responsable de la bandera. Pineda no lo toleró. Nótese la diferencia de clima moral entre hembras y hombres. La señora Peralta quería salvar a Pineda. Mariana quería salvar a su buena y abnegada vecina. Hombres fueron los corchetes, hombres los delatores, hombre el que huyó de casa de Mariana después de comprometerla, hombre el alcalde del crimen... Hombres como el verdugo que la asesinó, y los que quisieron gozarla sin voluntad de ella », etc., etc. ¿Se quiere mayor elogio de la mujer? ¿Quién ha dicho, pues, que Alaiz ha demostrado eterno desdén a la mujer?

Observa y analiza la mujer desde otro ángulo y, aunque Alaiz siempre sea Alaiz, o precisamente por eso, la imagen que pinta agrada. Veamos una de sus hermosas páginas: « Tertulia en el Paseo. Segunda mitad de mayo. Siete de la tarde. Banda en el Kiosco; por fortuna no se oye... Están sentados en sillas metálicas y benéficas algunos amigos... todos de espíritu guerrillero y a la vez anacrónico. A Bayo le gustan las vaqueras que pasan a esta hora por la acera con vasijas relucientes. A otro le atraen las mujeres que no se pintan y anda muy apurado para encontrar una. Discusión sobre escotes. »

Pasan las chavalas; trenzas a cada lado del cuello, ademanos sueltos, poca ingenuidad, ¿poca o demasiada?, colores planos de jersey, boina morada. Las piernas de las chavalas son de dos clases: unas igualadas, no tienen tobillo descarnado ni el grueso alto, acumulado y excesivo, sino **proporción** entonada de columnas humanas; no parece que se van a quebrar a ras del pie, porque su intersección con la base no es el extremo de un uso. Las otras piernas abotargadas con vaivén ladeado y sin ritmo, por debilidad de la base, son de adulterada maja, cuya defensa no es la sandalia, sino el tacón de chapín. » Excelsa imagen graciosa, delicada, todo y señalando los defectos de la coquetería femenina, defectos deplorables porque van contra natura como es la pintura y el tacón « en forma de uso ».

También en materia coqueta, casi afeminada, pone de relieve lo insulso del hombre en los prototipos siguientes: « Van pasando las jovencitas aligeradas, las excesivas de masa, las matronas anchas como cluecas, los tenientes, los señoritos

autoseductivos, poseídos por sus calcetines y sus corbatas. » (El subrayado es nuestro).

Por boca de Feliciano explica el amor súbito. ¿Cómo? En dos palabras... que valen dos libros: « Te digo que la vi; inmediatamente adoré en ella, es una criatura voraz y angélica, mira como miraría un incendio. » Y Pilar le dice: Tienes unos ojazos de picaporte, cada vez que me miras me das un golpe. » Y prosigue: « Al contrario de Lucía. La corsetera Lucía tiene dos ojos que se entornan como se entornaría una ventana de espía o detective: lánguidamente; como se entornan, como retroceden hacia los senos los abanicos de las mujeres querenciosas... »

Hay también la mujer que sólo va al cine para aprender a **flirtear**, para aprender a vestirse y para aprender a desvestirse. El cine es academia de celadoras. « El cine ha hecho internacional la indumentaria de las chicas. »

Frente a esta clase de mujeres **coloca a Isabel**: «... delicada, pensativa; la edad bien llevada, de gracia consciente profundamente humana, libertada de la tiranía de exhibirse. » Terminando de idealizarla dice que « además se baña en el río. »

Reuniendo amor, delicadeza y respeto, otro tipo de carácter femenino, digno de la música de un Mozart, nos lo da en Rosa Vaquera: « Lozana y enlutada, guapa viuda de anteayer... Fresca, esbelta y maciza; morena y en sazón, **no hay quien mire sin amorosa compasión**. El dicho lo dice, no puede mentir: si una viuda te mira, tendrás que morir. » En otra ocasión, refiriéndose también a ciertas viudas, dijo: « Viste de negro pero no lleva luto en su alma, con sus ojos y con su garbo pasan por tu lado como diciendo... **cómeme**. »

En lo que podríamos llamar « Desfile de mujeres », de Alaiz, encontramos también otra elegancia femenina, fiel reflejo, además, de las costumbres sanas de un pueblo y de una época: « Anda como una moza que prescinde de tacones. La descolorida, que no es una aparición ni una danzarina, usa zapatos de tacón plano y despuntes blancos. Las medias son blancas y tienen el tono puro de las prendas que se lavan con ceniza del hogar. »

La falda corta y azul, con decoración floreal rameada. El delantal, azul claro. La saya pomposa, el jubón corto. Un pañolico marrón, de flecos, deja el brazo al descubierto y un ángulo en el escote el peinado bajo con rodete. Ni arracadas ni peinetas ni sortijas. ¿Dieciséis abríles? ¿Diecisiete?

Morena... fina de dibujo. Parece una virgen gótica. Boca delicada. Barbeta un tanto saliente. »

Reflexionando sobre algunos grupos de mujeres, Alaiz expresa lástima por ellas. Las ve apesadumbradas, todo y disponiendo de riquezas. Dice que lo son así porque les aplasta el matrimonio. El matrimonio es una cadena y la cadena a nadie gusta. «...llevan con coquetería lacrimosa la cruz matrimonial, y hasta llegaban a llorar sin saber por qué. Tal vez consideraban el amor como un castigo o como una melodía prohibida... casi todas dejaban de salir de casa cuando hacía viento porque los curiosos se apostaban en las esquinas para ver buenas piernas. »

« A los ocho o diez años de casadas inspiraban en visita tiernos gorjeos a los hombres de negocios y amores financieros a los poetas. » Su feminismo necesitaba al poeta, su bolsillo al negociante. Mentalmente estaban casadas con dos hombres, mal que les pese a los monógamos, y esto hasta las mujeres de claustro.

Tres ejemplos más nos los dan Josefina, Rosalía y Juana. « Josefina es grata, rubia sin trampa, amable, menuda y achiquillada... sin rasgo aguileno, toca el piano. Rosalía es rubia de tonos más claros, como encendidos del sol por agua. Delgada, saludable, blanca. Concentrada, mirona como quien no quiere, desdeñosa y precavida. Canta. Sus curvas nacen sin estruendo ni escándalo, casaría con ingeniero; Juana es ligeramente morena, ni toca ni canta, pero baila. Ojos raros, un poco extremorientales, como si acabaran de salir de una pesadilla golosa de cosas materiales gustadas y suficientes. Juega con los bucles y con los ojos, pero sin picardía. Baja de estatura, aficionada al escote y a la crema. Si habla parece no estar muy segura de lo que dice. Si anda es vértice de todas las miradas.

A veces Alaiz nos analiza al hombre y en los casos de desesperación y de desequilibrio no aconseja ver a Garrik como el poeta que « muriendo vive », sino a una mujer. Se encuentra ante un desesperado, le escucha sus quejas y sus males y le dice : « Entonces ya sé lo que te falta ». No una novia sino una mujer. Esta conclusión no niega la anteriormente señalada respecto al matrimonio. No tiene nada que ver el tener mujer con el estado matrimonial.

Ninguno de los caracteres expuestos se asemeja con el de Adela. De 25 años es ya viuda y dice : « Ha de curarse en salud de la maledicencia. Adela es agradable y tonta, pero tonta sin grandes alardes de tontería, una tonta discreta de diminutas tonterías. Entre todas ellas no suman una tontería grande. » Una de esas mujeres ante las que se corre el peligro de merecerla « como el que se merece un cachete. »

También tenemos a la « sin par Julieta », me-



canógrafa, honra de Madrid, calumniado porque tiene ministerios, paradas y sablistas.

« Hay entre todos los morenos de mujer el moreno sin palidez ni ojeras ». Así es Julieta, además de ser maciza, flexible y sana. « Ojos de mar, de río, de lago, de turbión, de inmensidad y de embrujamiento. Para ser acreditados han de ser grandes y si puede ser que paren los relojes. No hay ojos tan imposibles como los de la sin par Julieta. » No hay madrileña sin salero. Julieta más que entre todas las madrileñas. Julieta es bilbaina.

Curiosa de su porte, equilibrada. Sus brazos desnudos no son torneados, ni parecen serpientes ni asas de ánfora. Labios carnosos, sutiles, firmes y poco rojos. Los senos no son poemas ni elegías. Se contentan con ser chicos. Si son o no provocativos es cosa que no interesa más que a los provocadores. El cuello no es de cisne, ni siquiera de garza; es de mujer y se ve desnudo mate, sin collar, lleno, proporcionado, suave y pulcro. Sus manos serían muy difíciles de pintar, trigüeñas, danzantes — es mecanógrafa — pequeñas y sanas. »

Maura, en tiempo de elecciones decía querer reglamentar el trabajo en la fábrica, de la mujer embarazada. Hablaba así con el ánimo de recaudar votos. Y Alaiz respondió : « De modo es que la mujer embarazada tiene que ir a trabajar? »

Julieta dice que los hombres no son seductores, son seducidos. Maura tampoco sedujo a nadie. Fue seducido por las mauristas, las señoritas que no tenían necesidad de reglamento en el trabajo porque no iban a trabajar nunca.

La sin par Julieta es muy irónica, « cuando supo — el novio — que yo tenía un hijo casi se desmayó y tuve poco menos que ayudarle a subir al tranvía. » En otra carta, hablando del mismo novio dice : « Cuando se reía necesitaba pensarlo un par de horas. »

No deja a las rameras sin « ventilar » y nos ofrece como ejemplo a Rosarito: « Es zalamera y galante; para ella el hombre es vanidoso, ignorante y cruel. Rosarito tiene tres manías que se cifran en lo que ella dice : Es un tío con pasta. »

« Vanidad, crueldad, ignorancia... Pocos días después, traición y permanganato. »

Y nos paramos. No acabaríamos nunca de analizar el universo de Alaiz. Nos hemos propuesto dividir dicho universo en tres series de estudios. Hemos terminado el primero. Falta por analizar el Alaiz social y periodista, y el Alaiz filósofo. Tarea ardua que ofrecemos realizar a plumas bien aceradas y atrevidas.

Nosotros habíamos preparado más de 40 cuartillas (2) sobre « El universo de Alaiz », y ya han sido publicadas en CENIT durante diez números.

Que los lectores dispensen la osadía.

M. Celma

(2) Más de 100 se necesitarían para estudiar al Alaiz social y anarquista; otras tantas al Alaiz periodista y, otras más al filósofo.

VERSIONES

por DENIS

EL BANQUERO

ERASE un banquero, al decir de los economistas, gente que pasa por entendida, creador incansable de riquezas. Las había acumulado para sí, no creado, y es de sentir estar en desacuerdo con los economistas, en forma fabulosa. Muchos pequeños países dependían de él: podía alzarlos a la prosperidad o hundirlos en la ruina. Los ferrocarriles, las minas, las industrias, todo estaba en sus manos. Y, consiguientemente, hasta los gobiernos, formados por criaturas suyas, aunque no las conocía.

Cuando joven, su padre había querido que fuese ingeniero o abogado. Se negó a estudiar. El estudio, a su juicio, era quehacer de personas no inteligentes. Por eso, por no ser inteligentes, tenían que estudiar, que aprender. El hombre inteligente no tiene por qué estudiar, ni por qué aprender. Sabe, en cada momento, lo preciso, lo conveniente. Salta sobre las cosas en el instante propicio, no en ningún otro. No turbada su mente por teorías, capta lo práctico cuando surge. Nada hay que no esté a su merced. Tiene siempre los ojos abiertos a la realidad. Si ésta, en alguna ocasión, se muestra rebelde, la domina, la adapta, hace de ella su esclava. El estudio, para el hombre inteligente, no es sólo inútil; es, además, perjudicial. Le aleja de la realidad. Le lleva a pensar, cómo el mundo podría ser, y el mundo como es, que sigue su curso, indiferente, le deja a un lado con desdén.

Tales fueron las razones que dio a su padre para no estudiar. El padre no encontró otras de más peso que oponerle, y el banquero, entonces un ocioso, no salió de las primeras letras aprendidas en la escuela.

Con ellas — no le hacían falta más —, se lanzó a los negocios. A todos los negocios. Nada había que le repugnara. Sintió pronto una sed devoradora de riquezas, e iba a buscarlas en no importa qué especulaciones. Nada creaba — es decir, de nuevo, estar en desacuerdo con los economistas —: se limitaba a trasladar a su bolsillo el dinero que antes otros bolsillos habían guardado. No era culpa suya que los antiguos poseedores fueran menos inteligentes que él. Especulaban, como él, pero con menos acierto. Eso era todo.

Cuando realmente creó algo, a poco de instalar su banco — hasta entonces había especulado a la ventura —, su creación fue seguida de un escándalo memorable. Pero nadie aludía ya a la historia tan poco ejemplar. Había enriquecido después a tantas gentes, aun a costa de otras, que se se perdona aquel tropiezo, en el que todas las gentes que confiaron en él fueron arruinadas. Era ahora un hombre honorable, uno de los hombres más honorables del país, y hasta resultaba de mal gusto hablar del escándalo de otro tiempo.

Siguió arruinando, más tarde, a no pocas perso-

nas; pero al propio tiempo, había enriquecido a otras. Esto compensaba aquello. El pasado, pasado estaba. Nadie se salvó entonces de la ruina, excepto él, pero principio quieren las cosas. Para llegar a ser lo que era, tal vez fuera preciso, en los orígenes, seguir malos caminos. No había que recordar esos malos caminos, ahora que seguía caminos mejores. Ni siquiera arruinaba ya a unos pocos para enriquecer a otros. También eso pertenecía al pasado. Ahora, enriquecía a cuantos tenían tratos con él. Sin duda, allá en los países que tenía en sus manos, los hombres que trabajaban en las minas, en los ferrocarriles, en las fábricas, vivían no se sabe qué vida. Allá ellos. No era misión del banquero ocuparse de cómo vivían los trabajadores. Su misión era hacer que su dinero, y el dinero de los que confiaban en él, se multiplicara. Y cumplía esa misión. Maravillosamente. Cada año era mayor su riqueza, y la riqueza de los que confiaban en él.

Había que olvidar, más, había que enterrar el pasado. Y cuando alguno, no se sabe por qué, lo recordaba, había que encerrarle. Sin titubeos. La buena memoria, en muchos casos, es para la sociedad como un veneno. No se puede dejar deambular en libertad a las gentes que la poseen. No está bien poseer otra cosa que dinero. Sólo la posesión de dinero es respetable.

En realidad, el escándalo que produjo el banquero en sus primeros tiempos, no era nada excepcional. No se es manipulador de riquezas — los defensores del banquero eran más prudentes que los economistas: no decían creador, como se ve —, gran manipulador de riquezas, sino arriesgándolo todo: hasta el honor. Se recupera más tarde. Surge, límpido, cuando se han vencido todos los obstáculos y se es dueño de fortuna inmensa.

Vistas así las cosas, podía recordarse el escándalo. Eran los tiempos en que nacía el automóvil y en que, para que creciera y se desarrollara, hacían falta campos de eneas y pozos de petróleo. Todo lo demás que el automóvil necesitaba para crecer y desarrollarse existía en abundancia: no así el petróleo y el caucho. Había que cultivar éste, había que buscar aquél en las entrañas de la tierra.

El banquero fundó, a toda prisa, dos sociedades: una para el cultivo de las eneas, otra para la explotación de campos petrolíferos. Acudieron, en muchedumbre, los accionistas. Era de creer que el banquero contaba ya con los terrenos para plantar las eneas, con los campos donde abrir los pozos. No era así. No había terrenos ni había campos. Tardó en descubrirse eso. Cuando se descubrió, el banquero era ya una potencia. Se quedaron los accionistas con su ruina, el banquero con la fortuna así improvisada. Hubo, sí, protestas,

gritos, insultos, campañas periodísticas, todo el repertorio, en fin, que se repite en tales circunstancias. Nada hizo mella al banquero, y tiempo después, cuando los negocios emprendidos por él no arruinaban ya a todo el mundo, comenzó a olvidarse, con razón, su primer mal paso. Más tarde, cuando ya no arruinaba a nadie, cuando ya todo el mundo que tenía tratos con él se enriquecía, su primer mal paso, con mucha más razón, fue totalmente olvidado. Salvo por algunos envidiosos. No cabía duda de que se trataba de envidiosos. Que, cuando no eran una potencia, y tal era siempre el caso, se les llevaba a la cárcel. ¿No se han construido las cárceles para encerrar en ellas, entre otras especies de seres peligrosos, a los calumniadores? La buena memoria, si se hace mal uso de ella, es eso : arma para la calumnia. Y difícilmente podría usarse más mal que contra un hombre rodeado del respeto más profundo, hasta en tierras lejanas. Como en cualquier época, unos cuantos hombres solamente eran conocidos en todo el mundo : uno de esos hombres era él. Su nombre figuraba entre los pocos que en todas partes se pronunciaban.

No era, con toda esa aureola exterior, feliz. En la intimidad, vivía un drama. Sus hijos, que no eran inteligentes, se habían negado, como él, a estudiar. Para ellos, eso del estudio era quehacer de gente pobre, no de gente rica. Razones, aunque diferentes, parecidas a las que él dio a su padre. Como su padre a él, no supo él qué contestar a sus hijos, que preveía pondrían fin en poco tiempo a la fortuna por él acumulada.

En cuanto a su mujer, eran inconcebibles las escenas que le prodigaba. Por lo más insignificante, por nada, ponía el grito en el cielo. No había, a juicio de ella, modo de vivir con él. Se desvivía por tenerla contenta. Todos sus esfuerzos eran vanos. A veces, del otro extremo del mundo, le traía regalo inestimable. Ni se dignaba mirarlo. Era una mujer a la que el ocio había trastornado. Acabaría, si su vida se prolongaba, por trastornarle a él, maravilla de equilibrio.

Al acercarse el cumpleaños de su tan poco amable esposa era cuando más temblaba el banquero. Exigían las conveniencias, en día tan señalado, regalo señalado, y hacía ya muchos años que nada había regalado a su mujer en ese día que no le desagradara, que no fuera causa de escenas espantosas.

Consultó, confuso, el año en que salta a esta historia, a un amigo, reputado por su buen gusto.

El amigo repasó en su mente todas las cosas que el banquero podría regalar a su mujer. Nombró algunas, nada corrientes.

— Ya las tienes — dijo el banquero.

Nombró otras, y otras, y obtuvo la misma respuesta. No sabía ya el amigo del banquero qué regalo aconsejarle, cuando, de súbito, como si acabara de hacer un descubrimiento, dijo :

— Cómprale un libro.

Tristemente, perdida toda esperanza de hallar nada que le salvara de la escena temida, el banquero contestó :

— ¡Tiene también uno!



Colgando los hábitos

RECUERDOS DE UN ADOLESCENTE

(CONTINUACION)

Explicué la indigencia de mi vocabulario y que, sin poseer diccionario, sólo habían sido mis instrumentos de trabajo la gramática de Lhomond, un libro parroquial y el texto de **Pro Arquia Poeta**.

— Es en verdad poco, muy poco — decía el amable sacerdote frotándose las manos —. Pero hay cosas que un muchachito inteligente como usted, conoce ciertamente. Leamos juntos algunas líneas en francés. Por ejemplo, esta frase de Bossuet :

Yo lei con entusiasmo : « Quedaba aquella temible infantería del ejército de España, cuyos gruesos batallones unidos, parecidos a tantas torres, pero a torres que sabían reparar sus brechas, seguían siendo inexpugnables... »

— ¿Qué es lo que usted ve en esta frase?

— Primero una inversión y que, en lugar de otros medios para expresar la solidez, nos ofrece ya una idea imponente.

El Señor Superior del Pequeño Seminario alzó los hombros.

— Un maestro laico no diría otra cosa... ¿Una inversión? Seguro que sí... ¿Y por qué no también palabras o letras?

Yo miré al hombre con cierto asombro. El insistió :

— Hable, hable, pues. ¿Qué clase de inversión?

Hice yo un gesto de ignorancia.

Entonces, desde muy alto y con una satisfacción que no intentaba ocultarse, el Señor Superior del Pequeño Seminario concluyó, pedante y cruel :

— Usted ni sabe el latín ni conoce los tropos. Ni siquiera distingue la sinquesis de las otras hiperbatas. Y usted se cree con la presunción de estar atraído hacia el sacerdocio... Combata, hijo mío, el demonio del orgullo, y vuélvase con los hermanos maristas.

¿Me había puesto yo rojo? ¿O estaba pálido? La cara de mi madre parecía un incendio.

Agarrándome ella de la mano, me dijo :

— Vámonos, Jacques. Lo comedia ha durado bastante.

En el umbral de la puerta y a guisa de despido, lanzó hacia el pedante y el malo :

Luego, llevándome con ella :

— Tú ves bien que el jesuita de Aix y el jesuita de Rognac son dos compadres. Aquí se ha recibido una carta antes de la que tú conoces y todas las trampas en las cuales has caído, habían sido ya cuidadosamente preparadas.

— ¿Pero, por qué han hecho entrar al Seminario a Luigi, que apenas si sabe leer y que no comprende nada de nada?...

— Toda la gente del pueblo llama a su madre « la bella piamentesa », y el señor cura es muy joven, también.

Niño que no busca el conocimiento nada más que en los libros, niño de formación física o enteramente extraño a cierto género de malicia, no comprendí lo que el mismo Luigi tal vez hubiera comprendido.

Cuando, el domingo siguiente, después de un sermón particularmente noble y emocionante, dije a mi madre cómo el viejo tratado de literatura « sustraído » por el maestro de los vicios : « Posee buenas costumbres oratorias », no ponía en esta ingenua constatación ningún malentendido o malignidad. Solamente algunos años más tarde adviné por qué la palabra había producido una risa, que entonces me asombró. ¿Por qué diablo también, cuando, en la mesa, mi madre volvió a contar con los ojos brillantes dicha palabra, mi padre golpeándose alegremente los muslos, repetía : « Este muchacho Jacques, ¡ah, qué muchacho!

Bien me repetía de que Dios da las potencias intelectuales indiferentemente a los buenos y a los malos, sufría por la elocuencia del « lobo disfrazado con una piel de oveja ». Encontraba penoso el desgarramiento de admirar y despreciar al mismo hombre. Pero un azar debía curar este sufrimiento.

En los sermones del abate Poulle, que me había prestado el hermano Neopoldo, encontré, sin un vocablo cambiado, el discurso que el domingo último me había visto obligado a admirar. A nadie dije nada, ni siquiera a mi madre, y esperé el próximo sermón que se nos serviría. Me las arreglé para que el sábado, el cura me encontrara declamando. Aquel vanidoso, que gustaba de los cumplidos aunque vinieran de un pobre niño, preguntó con un tono afectuoso :

— ¿Estás también repitiendo con tanto entusiasmo mi último sermón?

— No, señor cura; declamo las bellas cosas que usted nos dirá mañana.

Sin dejarle ni aun el tiempo de comprender que estaba asombrado, tiré el texto y comencé el exordio.

Ya el cura me volvía la espalda, alejándose a grandes pasos. Y yo, gritándole, cruel :

— Hasta luego, señor abate Poulle.

Luego, corrí hacia mi madre a contarle, con risas y con triunfos, la feliz escena.

Ella primero no pudo contener la risa halagadora y a la vez sobresaltada. En seguida me reprochó de haber ido un poco lejos (no se decía aún : un poco fuerte) y de habernos hecho un enemigo mortal. Me recomendó de no repetir la aventura a nadie, ni siquiera a mi padre o al hermano Neo-

poldo. Pero no me dejó devolver el volumen sin haber leído el hermoso sermón.

Al otro día, aquel pobre señor cura tenía el aspecto muy enfermo. Con una voz apagada, enseñando su desgraciada garganta, se excusó por no poder cantar ni pronunciar la menor plática. Toda su misa fue un doliente murmullo indistinto. Ocho días después, había de nuevo encontrado salud, aspecto y elocuencia. Los sermonarios olvidados no son raros. Por más que leí maliciosamente todos los que había en la biblioteca del buen hermano Neopoldo, no descubrí el abastecedor nuevo de nuestro prestigioso predicador.

Mi celo por el latín, al no tener ningún instrumento de progreso, disminuyó. De los libros edificantes del hermano Neopoldo, todo lo que era legible, fue leído; la tontería excesiva del resto me causaba náuseas. Falto de alimento intelectual, me volví desgraciado y travieso.

Tomaba la más ciega y astuta de las rutas hacia el abismo del primer amor.

Mis mezquindades se ejercían sobre todo contra las niñas, las jovencitas y las jóvenes esposadas. Los muchachos del pueblo, demasiado fornidos, no me interesaban para nada. Mis gustos diferían de los suyos, y también de ellos se separaban. Ellos decían con indiferencia: « Jacques, siempre en la luna ». Yo no tenía compañeros y se necesita algún compañerismo para la malicia o para la quejella. O es necesario que gustos comunes creen la emulación o la rivalidad.

Mis ridículas maldades contra las mujeres eran bizarramente las primeras explosiones de mi lento y sinuoso despertar sexual. Existía en el fondo de mí, desconocida y contradicha, la atracción natural. Timideces adquiridas hablaban bien alto de mi desgarramiento se traducía por una dificultad, un retroceso, una manera de furor que me parecía desprecio y odio. Tanto me habían puesto en guardia, en el convento, contra la mujer, instrumento del diablo y, añadía una metáfora atrevida que no hacía imagen ni para mi ignorancia, ni probablemente para la inconsciencia de los que hablaban, puerta del infierno. Sola, la virgen María es la puerta del cielo, *janua coeli*.

La naturaleza habría, sin duda, eliminado prontamente todo temor místico, si los terrores inyectados no hubiesen encontrado en mí a un aliado terriblemente potente.

Yo era feo. Lo sabía. Aún me creía más feo y más irremediabilmente de lo que era.

Las opiniones de los padres sobre sus hijos son casi siempre terribles exageraciones. Porque yo tenía gustos librescos y aprendía fácilmente lo que leía, mi padre y mi madre me consideraban como una inteligencia única. Mi hermano, mucho más despierto que yo, mas observador, en lo concreto mucho más inteligente, pero que no tenía ninguna predilección por los libros, pasaba ante sus ojos indignados como una especie de imbécil. En cambio, era un buen mozo y en él veían a la belleza realizada. Era necesario pues, debido a esto, para contrastar, que yo fuera la perfecta fealdad. No se podría tenerlo todo — me explicaba mi madre en mi primera infancia cuando me hacía

aprender, en La Fontaine, *El pavo real quejándose a Juno* —, y cada uno debe agradecer a Dios de su suerte.

La opinión de mis padres no había permanecido muda. El pueblo se adhería pasivamente a ella. De mi hermano apenas si podría hacerse un buen carpintero, mientras que en mí había el fermento de un gran hombre y, si yo abandonaba la absurda idea de hacerme cura, « un futuro ministro ». Para establecer el equilibrio no había una mujer que no encontrara a Augusto hermoso como un ángel y a Jacques feo como un demonio.

¿Tenían mis maldades un gusto de revancha? ¿Exponían solamente mi desgarramiento interior, mi incapacidad a comprenderme, mi impotencia a no esperar nada de la mujer?

El principal objeto de mis bromas pesadas era una delgada pequeña vecina que me parecía, a distancia, de una graci aexquisita. Entonces yo la afirmaba ridícula porque era pelirroja y afectadamente coqueta. A menudo la inquietaba, bailando alrededor de ella ya no me acuerdo qué danza sobre la cabellera, cantando dos rimas que había inventado, tan tontas como los versos provenzales del señor cura :

María Balurán

Lou vieil Caramantran (12)

Había oído decir vagamente que María tenía, en un pensionado de Aix o de Marsella, una hermana mayor llamada Elena. Como nunca la había visto no me interesaba para nada, siguiendo siendo para mí tan inexistente como si nunca hubiera oído pronunciar su nombre.

Un día de agosto me encontraba atormentando a aquella pobre María, que lloraba de enojo y pataleaba. Ella me respondía con injurias que alimentaban mi fuego de alegría; ensayaba en darme algunos golpes que yo evitaba riendo. Terminó, despechada, en echarse por tierra; con gritos de desespero, rodaba y agitaba sus miembros desesperados. De más en más divertido, continuaba yo con mi danza y mi canción de ebriedad :

María Balurán

Lou vieil Caramantran.

Bruscamente, por detrás, manos robustas me agarraron por los hombros, me lanzaron al suelo. Luego una rodilla aplastó mi pecho y muchos puñetazos golpeaban en mi cara. Primero, reflejos que se deslizan ensayaron liberarme. Pero, mientras que María se alejaba diciendo alegremente : « Gracias, Elena, pégale fuerte, Jacques es malo », yo vi al agresor.

Ya no deseé escaparme; ni pensé más en defenderme; los magullones bien me parece, me causaban admiración. Había tenido, más bruscas y aplastantes que el ataque, la revelación de la belleza, la emoción y el amor. Si me hubiese atrevido — pero no me atrevía —, hubiera agarrado,

(12) María Balurán, el viejo carnaval. —H. R.

para cubrirla de besos, a una de las manos que me golpeaban.

Ya, además, dejaron de golpear. Elena — ¡ah, la música de su voz! — respondía al « Jacques es malo » de su hermana.

— No lo será más. ¿No es verdad, Jacques, que tú no serás más malo?

Yo suspiré :

— Haré lo que tú quieras : eres tan hermosa...

Se puso colorada y, con una risa tal vez forzada, corrió a reunirse con María. Sus movimientos, como su voz y su rostro, me encantaban con una armonía que nunca más he vuelto a encontrar. Delante de la puerta de los Balurán había dos sillones que yo antes había visto. María ocupaba ya una y desde ella me hacía cuernos. Elena, sentándose, volvía a tomar una obra de costura. Ella parecía dedicada por completo a su costurero. Fingiéndolo estar muy ocupado sacándome el polvo de mis ropas, no me cansaba de contemplarla. Luego se apoderó de mí una vergüenza, el desespero y el furor de ser feo. Corrí a esconderme en nuestro granero para llorar libremente. Y cerré aquellos ojos que derramaban tantas lágrimas para ver de nuevo la belleza de Elena, sus gestos, su manera de caminar y de sentarse en la silla, como así el movimiento de sus dedos laboriosos. Repetía, en su ritmo nativo, las pocas palabras que de ella había escuchado; y me emocionaba con su voz casi reencontrada.

No soy yo de los que creen en un canon de la belleza. Sé cuán multiforme es y me agrada con sus numerosos aspectos. ¿Lo confesaré? Cuando trato de volver a ver y de comparar, la gracia fina de María me parece hoy más rara y más preciosa que el sólido equilibrio de Elena (13).

(13) A veces me pregunto, sin encontrar una respuesta justa, si no fue María, aunque sin que me diera cuenta, mi verdadero primer amor. ¿No decían mis bromas incasantes una predilección, no manifestaban una innegable preocupación y que luchar contra el amor era luchar contra María? La llegada victoriosa de Elena rompió este comienzo, precipitó sus fragmentos a profundidades tan oscuras que nada pudo remontar hacia la conciencia. Sin Elena, un trabajo delicado se hacía en mí, se tejía lentamente un amor completo en donde un día yo me habría sentido atrapado sin remedio y que se habría expresado. Había dicho bastantes injurias a María para dispersar mis timideces y osar, cuando viese claro, gritarle : « Te amo ».

Pero tal vez, en un mundo bien hecho, liberado de nuestros prejuicios y de nuestros absurdos « tabús », el futuro autor del « Amor Plural » hubiese comenzado en la vida sentimental, por un doble amor de dos bellezas tan diferentes de dos hermanas tan diversamente encantadoras. — H. R.

« Pero durante muchos años, Elena fue para mí el tipo único de lo que es bello. Durante muchos años, una mujer no me pareció deseable nada más que en la medida de su parecido a Elena. Y, si mis ojos estaban equivocados en ser tan exclusivos, no era malo su gusto al querer amar a aquella gran morena bien hecha, un poco fuerte y netamente contorneada tal vez para su edad, y a aquella cara, flor oval, que iluminaban, dulces y brillantes, dos vastos ojos negros. Algunos días después de aquel encuentro un poco brutal, se cosechaban las almendras. En casa de los padres de Elena como en casa de todos los propietarios, se las descascaraba en los atardeceres. Ayudaban los vecinos. Mi madre estaba demasiado ocupada. Pero yo iba a casa de Elena con mi padre. ¿Era la casualidad? ¿O era alguna maniobra de mi amor el que me encontrara sentado cerca de la alta y hermosa muchacha?

Lo más a menudo la conversación, era general. Cuando cambiaba algunas palabras con mi vecina, debían de ser de una banalidad terrible. El sentimiento de mi fealdad me paralizaba. ¿Tenía yo el derecho de amar y de amar a una chica tan hermosa? Mi amor me parecía a la vez algo ridículo, una monstruosidad natural y un pecado. Lo escondía, lo aplastaba debajo de una doble y una triple vergüenza. Y me enganchaba desesperadamente, ya que era tan feo, a mi vocación sacerdotal. Justamente, Elena me habló de ella. En su pregunta sólo vi una curiosidad banal e indiferente :

— ¿Es verdad que quieres hacerte cura?

— Quisiera. Pero, ¿cómo hacer mis estudios?

— ¿Es verdad que aprendes el latín solo y que puedes hablar en latín con el señor cura?...

— Es verdad. Y, si tuviera los libros necesarios, lo aprendería todo solo.

— Jacques, tú serás un gran hombre. Mi padre dice que, si no te haces cura, llegarás a ser ministro.

— Si no puedo ser cura, seré hermano en una escuela.

— ¿Por qué? Te aseguro que no es divertido, el convento.

— Lo sé, pero soy demasiado feo para vivir en el mundo.

Me miró ella largamente. ¡Ah!, si solamente hubiera dicho : « No eres tan feo como parece... »

HAN RYNER

(Continuará.)

Han Ryner expuso en tres libros su filosofía del amor plural. El primero (El Amor Plural) y el segundo (To-madme todos) tienen por marco Francia y una época librepensadora en donde se exponían con toda claridad las concepciones sexuales y afectivas más avanzadas. El tercero (Las Orgías en la Montaña) es de corte clásico y tiene por escenario a la Grecia legendaria. — Trad.

Gráficos de ayer y de hoy



Lo que no cambia.



Nuestro delito.



Monsieur André Malraux en uniforme de capitán de aviación del Ejército Republicano durante la guerra 1936-1939, hoy ministro de asuntos culturales del Gobierno francés.



Ayer mi novia, hoy mujer de todos.

Bajo el signo de ESTUDIO y RECREO

« C E N I T » OFRECE A SUS LECTORES LOS LIBROS SIGUIENTES

1. Las alegrías del destierro, Malato	4,00 frs.
2. El alma de los lirios, V. Vila	6,00 »
3. La alegría de vivir, E. Zola	2,50 »
4. La amargura de la Patagonia, R. Dario	7,50 »
5. Las amistades de Mirón, E. Regis	4,50 »
6. Amor e ironía, Yutang	7,00 »
7. El amor y la amistad, Antología	6,00 »
8. Adela y Matilde, C.D.R.S.	2,00 »
9. El amor y el señor Lewisham, Wells	3,00 »
10. Los ángeles negros, Mauriac	5,00 »
11. Año tras año, A. López	15,00 »
12. Aurora espléndida, J. Londón	3,50 »
13. Las bases físicas de la personalidad, Mottban.	3,00 »
14. La bestia estelar, A. Clarke	2,00 »
15. Búsqueda en la noche, A. Esteve	3,00 »
16. La campana de Nagasaki, Takashi	3,00 »
17. Carne y espíritu, Meersch	5,00 »
18. La carreta, Traven	5,00 »
19. Carta sobre existencialismo, J. Salas	4,00 »
20. Cartas de prisión, E. Toller	4,00 »
21. Celos, Zweig	5,00 »
22. Teatro, Cervantes	5,00 »
23. El cielo y tú, R. Field	4,50 »
24. Ciencia y conciencia, Le Danctec	6,00 »
25. Ciencia y filosofía, Antología	6,00 »

15 % de descuento a los que hagan mención del número
de CENIT que publica el libro solicitado.

Pedidos a nuestro servicio de librería

M. CELMA, 4, rue Belfort - Toulouse (H.-G.)